

Ser persona es valorar

To be a person is to value

Roberto Estévez

Pontificia Universidad Católica Argentina

roberto.estevez@santodomingo.edu.ar

ORCID: <https://orcid.org/0009-0001-8199-4689>

Resumen: Durante el pandémico año 2021, tratamos de desarrollar una visión sobre cómo y qué valoramos, con una particular atención a porqué valoramos, cómo constituimos nuestras escalas de valores y cómo se relaciona nuestro valorar con el reconocimiento de la autoridad. En la *actualidad* histórica, sostenemos que *todo es relativo* y, a la par, que hay cosas que no debieran haber sucedido nunca –y una vez que sucedieron no deberían volver a suceder *Nunca Más*. El artículo propone reflexionar sobre esta cuestión aprovechando las ideas de *cultura* y *naturaleza*, para poder distinguir en la acción, los valores y los bienes, con relatividad empática, sin relativismo, tratando de entender que lo valioso es siempre la experiencia de alguien, a cuya sensibilidad las cosas le hablan y resplandecen como valiosas. Los valores se abstraen de los motivos que ha tenido, tiene, podrían tener, o deseáramos que tenga una acción, y se viven como energía-motivación de la acción real. Desarrollamos así la idea de valores impeditivos (que acrecientan nuestra fragilidad desde las heridas pasadas), valores desbordados (el valor, en su referencia real, va siendo dejado de lado por el desborde de nuestra emotividad o de nuestra racionalidad), valores espejismos (los valores en el espejo de mi burbuja de sentido), valores fantasmas (de la normalidad meramente extrínseca) y valores basura (que lanzan vidas humanas como si fueran de descarté). Finalmente,

Abstract: During the pandemic year 2021, we tried to develop a vision of how and what we value, with a particular focus on why we value, how we constitute our value scales, and how our valuing relates to the recognition of authority. In the historical present, we maintain that everything is relative and, at the same time, that there are things that should never have happened – and once they happened they should *never happen again*. The article proposes to reflect on this question by taking advantage of the ideas of cultures and nature, to be able to distinguish in action, values and goods, with empathic relativity, without relativism, trying to understand that what is valuable is always the experience of someone, to whose sensibility things speak and shine as valuable. Values are abstracted from the motives that an action has had, has, could have, or would like to have, and is experienced as the motivation-energy of real action. Thus we develop the idea of impeding values (which increase our fragility from past wounds), Overflowing values (value, in its real reference, is being set aside by the overflow of our emotionality or our rationality), mirage values (the values in the mirror of my bubble of meaning), phantom values (of merely extrinsic normality) and junk values (which throw human lives as if

desarrolla la idea de que las personas reconocen autoridad a quienes defienden o promueven con competencia unos valores que son percibidos como tales por una comunidad.

they were discarded). Finally, it develops the idea that people recognize authority to those who competently defend or promote values that are perceived as such by a community.

Palabras clave: persona, valores, acción, bienes.

Keywords: person, values, action, goods.

Valores y bienes¹

Las *fake news* y las operaciones mediáticas son *el pan nuestro de cada día*, y el cambio de humor social, por ellas inducido, se va haciendo tan frecuente como lo era en el 1984 de Orwell, donde *la mentira es la verdad*.

Es difícil prever qué efectos futuros va a tener este permanente amasar a las masas con una comunicación de dominio, aunque la fragmentación de las tribus y el *fundirse en el nosotros*, de los populismos, podrían estar indicando direcciones alternativas del fenómeno.

Hay en esto algo humano, que registra Shakespeare en el genial monólogo de *Marco Antonio* a la muerte de César, y algo histórico de la Modernidad.

Desde la toma de la Bastille (14 de julio de 1789), en la que había solo siete presos, hasta la caída del muro de Berlín (9 de noviembre de 1989), la racionalización de lo simbólico, desencadenó las mareas de la historia.

Cuando se analizan algunos de estos hechos, se ve en su origen una sucesión de errores de comunicación, casi de comedia de enredos y burocracia, distantes de la épica con que fueron percibidos y esclerotizados en los relatos.

Vidas paralelas

En el siglo XVI –todavía en la primera Modernidad–, son contemporáneos Tomás Moro y Nicolás Maquiavelo. El primero piensa en términos de comunidad y el segundo de *Stato*.

Para Moro la finalidad de una comunidad era moral: ayudar al desarrollo de buenos ciudadanos –hombres con libertad–, eliminar la ociosidad, subvenir a las necesidades físicas de todos sin excesivo trabajo, abolir el derroche del lujo, mitigar las diferencias sociales y terminar con la miseria.

¹ Se desarrollan en este punto ideas esbozadas en un artículo del mismo nombre publicado en la revista *Criterio*, n. 2475, abril de 2021, pp. 50-53.

Tomas Moro satiriza los vicios de la vida social inglesa, relativiza la propiedad y la guerra, postula la necesidad de la tolerancia religiosa y señala el desmedido afán de lucro como fuente generadora de la miseria y del malestar social.

En *Utopía* (1516), Moro es más realista que Maquiavelo, su explicación de la crisis agrícola inglesa, de las causas del robo y la indigencia, su crítica del sistema penal y el origen de las guerras fueron precisos y acertados.

Sin embargo, es Maquiavelo *la voz auténtica de la época que estaba naciendo*. Desde Maquiavelo, ya no interesará la *vida buena* y de la *buena sociedad*, sino la supervivencia, y la construcción de un ente político independiente de la comunidad, a la que se le va considerando cada vez más como componente pasivo y amorfo, para la finalidad de acceder al poder y perpetuarse en él.

Se conserva el ejemplar de *El Príncipe* que anotaba minuciosamente Napoleón, hubo una escuela neo maquiavélica que optó por el fascismo y por el nacional socialismo, y, del otro lado del mostrador, Gramsci partirá de la obra de Maquiavelo, a la que considera como una *filosofía de la praxis* –el marxismo– profundizando en las realidades del poder y el consenso, desde la función de la cultura en los sistemas de poder político.

Sus trabajos sobre la «superestructura» de la sociedad, el rol de los intelectuales, de la educación y de las ideologías en la formación de las clases sociales para el mantenimiento o ruptura del orden social, son el nuevo *Príncipe* de nuestra *Actualidad*, en la que no importa *lo que es*, sino la potencial manipulación del valor simbólico de lo que acontece.

Visiones optimistas y pesimistas

La antropología de Moro se conoce como un optimismo moderado: el hombre es bueno, pero hay en él una tara, un quiebre, una ruptura interior por la que puede ser que no haga *el bien que quiero sino el mal que no quiero*.

Las antropologías optimistas, en cambio, han tendido a sobrevalorar la racionalidad del hombre (como John Locke, Adam Smith); otros, la fatalidad del proceso histórico al modo de actitud gnóstica (como Condorcet, Comte, Hegel y Marx).

Las palabras *atrévete a saber*², conectando el racionalismo, la ilustración y el iluminismo, proclamaban que el hombre era un proyecto emancipador, de

² «La Ilustración significa el abandono del hombre de una infancia mental de la que él mismo es culpable. Infancia es la incapacidad de usar la propia razón sin la guía de otra persona. Esta

civilización y adultez para la humanidad. Esta autopercepción europea de la *soberanía de la razón, evidencia de los sentidos* como fuentes primarias del aprendizaje, *libertad*, *gobierno constitucional* y *progreso* ilimitado, desató un inmenso poder, que trajo dominio sobre la naturaleza, riqueza material, y la expansión civilizadora/colonial, del vapor, de la electricidad y de la Armada, desde Benjamin Disraeli hasta Winston Churchill, desde la reina Victoria, hasta la reina Elisabeth II.

Por su parte en una línea que va de Maquiavelo y Hobbes, pasando por Max Weber, hasta muchos sociólogos políticos de hoy, la herida humana lo tiñe todo y consideran que la responsabilidad política es incompatible con la profesión de altos ideales para la comunidad, los hechos mandan y los valores solo oscurecen su cruda visión.

Este proceso ambivalente, de historicismo, cientificismo, y maquinismo fue acompañado por la represión consciente del concepto naturaleza. La naturaleza era lo físico que finalmente sería dominado por una civilización, sin idea de totalidad, ni de límite.

El optimismo, la ilimitada fe en la luz de la razón, y el *glamour glow* –que terminará llevando el racismo racionalista, científico (pseudocientífico), desarrollado entre 1650 y 1900, a los salones y a las calles–, contrapartida de negar todo lo que no fuera reductible a la racionalidad. En este contexto cultural, el abordaje freudiano a fines del siglo XIX, se limitó a encender la luz eléctrica (la razón científicista) en el subsuelo pasional.

En la última Modernidad, la ley moral del deber y de la obligación se fue transformando en una ley del pertenecer, del «respeto humano» y del qué dirán; por lo que la llamada ética victoriana entró en una crisis mortal. En el siglo XIX ya comienza lo que Nietzsche llama *la transmutación de todos los valores*: el nihilismo. El mismo se centrará en esta vida y en el deseo de vivirla plena e intensamente, una moral fuerte y creativa, que confiere valor supremo a la realización del hombre.

Las reacciones a la insuficiencia victoriana fueron desde los naturalismos preservacionistas de la naturaleza, hasta los movimientos de masa gnósticos (como llama Eric Voegelin al fascismo, nazismo, y stalinismo, a las que también denomina religiones políticas). Dando razón a la lúcida observación del

puericia es culpable cuando su causa no es la falta de inteligencia, sino la falta de decisión o de valor para pensar sin ayuda ajena. *Sapere aude* “¡Atrévete a saber!” He aquí la divisa de la Ilustración». (Kant, 1784/2010)

teólogo reformado Karl Barth (1886-1968): cuando el Cielo se vacía de Dios, la tierra se llena de ídolos.

Naturaleza y valor

Hasta la Segunda Guerra Mundial, el pensamiento euroamericano siguió reprimiendo conscientemente el concepto de *naturaleza de las cosas*, las ideas están determinadas por el contexto social y político.

Así, en 1932 sólo se disponía de procedimientos avalorativos weberianos para detener el ascenso de Hitler y hasta los juicios de Nüremberg no se dispuso de otra cosa que del análisis del Derecho como un fenómeno nacional autónomo de consideraciones morales, desvinculado de cualquier idea de derecho natural, para examinar la pirámide jurídica alemana.

Surge así la limitación del concepto de valor: un buen ciudadano en la Alemania de Hitler era un hombre malo en cualquier otra parte; lo que nos devuelve al problema clásico de la buena sociedad: «una buena sociedad es aquella en la que un buen hombre puede ser un buen ciudadano» (Strauss, 1959).

Los que conspiraron y murieron por el atentado del búnker contra Hitler querían matar al tirano, pero si fracasaban, les importaba dejar el testimonio de que también *había existido una Alemania decente* (Riebling, 2016). Quisieron ser malos ciudadanos para ser buenos hombres.

Como civilización, habíamos llegado a ese momento de la historia diciendo que nada es malo, ni nada es bueno por naturaleza, aunque, como expone Mario Bunge, todos sabemos que *es preferible el agua potable a la contaminada, la justicia a la injusticia, la solidaridad al egoísmo, la libertad a la tiranía, la paz a la guerra*.

Problema con el cual aquí estamos, sin saber qué hacemos... como ciudadanos, como electores, como trabajadores, como directivos, como padres y como hijos...

Para resolver la contradicción, el intento pedagógico ha ido por la identificación del valor con el bien, como si solo se tratara de una nueva terminología. Con las lógicas derivaciones de tener que hablar de *disvalores*, o *anti valores*, como si fuera la anti materia. Lo cual también es problemático, por cuanto lo que nos resulta valioso nos resulta así porque lo vinculamos, de un modo u otro, con la atractividad propia de algo, en la bondad de las cosas.

Nuestra voluntad no es causa de la bondad de las cosas, sino que es movida por ella como por su objeto. Su bondad verdadera o estimada, provoca

el amor en nosotros. Entonces, ¿el *antivalor* proviene de la *antibondad*? ¿De quién proviene la *antibondad* que hace atractivo al *antivalor*?

El ser humano, en su comportamiento, en cierta medida es siempre igual, y en otra siempre distinto. Así resulta posible –dada la permanencia– comparar situaciones –incluso morales– de un pueblo y otro, y de uno consigo mismo en los diferentes momentos de su historia, pero al mismo tiempo, el *lugar*, el *momento histórico* y la *situación cultural* son siempre, en mayor o menor medida, originales para un grupo social y para el otro –por cercanos que estén–, y entre un grupo social y el que le sucede en el tiempo. Por lo que, la comparación y el juicio es al mismo tiempo siempre difícil, siempre relativa, sin relativismo, pero conjetural.

La idea de la existencia de valores y antivalores, tiene su atractivo en el contexto relativista desde comienzo del siglo XX. Sin embargo, cuando se aplica a una conducta concreta, supone que el juicio antecede al conocimiento del sujeto y de la situación de su acto. Al calificar como antivalor lo que es valorado por el sujeto, estamos considerando irrelevantes, para un juicio ya adelantado, tanto al sujeto, como a su situación, y la historicidad de la misma.

De modo que adelantar el juicio del *antivalor*, a veces acierta en señalar que lo valorado no es bueno, pero otras veces se equivoca en llamar *antivalor* simplemente aquello de lo que no se tiene suficiente experiencia, o no se ha podido reflexionar desapasionadamente, y que, de haberse podido considerar con detenimiento, se hubiese identificado que eso valorado es también bueno.

Nos parece conveniente explorar entonces la idea de una *relatividad sin relativismo*; una *relatividad empática de los valores*, que no inhibe el juicio, sino que obliga a un conocimiento previo y más profundo del sujeto y de su situación para poder juzgar lo valorado desde el propio corazón, la propia fuente motivacional y circunstancias, de esa conducta.

La opción personal de Tomás Moro evidencia otro planteo: yo puedo querer lo que quiera, lo que no puedo es hacer bueno lo que he querido. La bondad es una propiedad de la cosa, su valor es una propiedad que le asigna el sujeto, aún a lo que es bueno en sí. Esta potencia del sujeto, que hace a la ambigüedad de sus actos, es parte del proceso de su libertad.

La afectividad desea lo valioso, la capacidad intuitiva y discursiva, sobre la riqueza de lo real, nos permite el conocimiento de lo bueno.

Podemos valorar lo que es bueno y podemos no valorar lo que es bueno. Como dice Alejandro Lerner: *defender mi ideología, buena o mala pero mía*.

O como declaraba Moro en el juicio, no soy quien para juzgar lo que piensa el Rey, solo sigo lo que mi conciencia me señala.

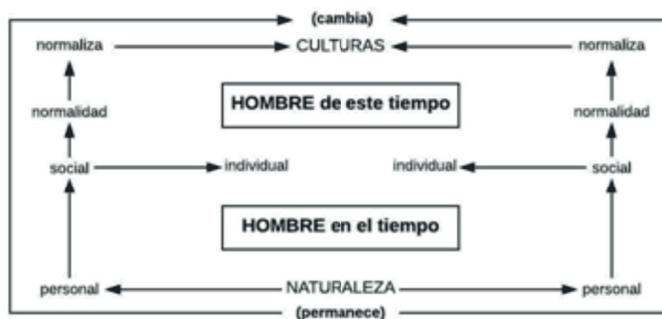
Esta distinción del valor y el bien, no es relativismo, ya que lo bueno se corresponde con la verdad de las cosas; pero sí relatividad empática, porque lo valioso es siempre la experiencia de alguien, a cuya sensibilidad las cosas le hablan y resplandecen como valiosas.

Valores y culturas

Hay bienes que brillan más en una época que en otra, así podemos distinguir el *ethos* de una época por los valores a los que esa época es especialmente sensible. Pero, aquello a lo que esa época puede no ser sensible, ¿es bueno? Porque como nos recordaba Sábato (1992)

Siempre será bueno que el hombre sea libre, siempre será bueno que no haya esclavos, siempre será bueno que no haya pueblos oprimidos, siempre será bueno que no haya persecuciones raciales, siempre será bueno que un chiquito no muera de hambre. (p. 2)

Como intuimos en la experiencia ecológica, la naturaleza está allí con prescindencia de nuestra estima o amor para con ella. Lo personal nos hace individuos y sociedad, el ser sociedad es ser constructor o no de un orden humano de normalidades que nos normalizan en un *ethos* cultural, un sistema de conductas animado por una concepción del mundo y de la vida. Su conexión con lo natural hará a su estabilidad y –como lo sugiere la película *La vida de los otros*– a la felicidad o al suicidio de sus ciudadanos.



roberto.estevez@santodomingo.edu.ar, 1984

Fuente: Elaboración propia.

Podemos afirmar que hay valores del hombre, por *cultura* –cambiantes, fluctuantes– que pueden o no ser buenos, y hay bienes del hombre, por *naturaleza* –estables, transculturales y transhistóricos–, con la condición de recordar que a los bienes del hombre sólo podemos acceder culturalmente, es decir sólo *en lenguaje humano*.

Esto sería una reflexión aislada sobre la realidad, si no fuera porque, como explicó Leo Strauss (1959)

Toda acción política está encaminada a la conservación o al cambio. Cuando deseamos conservar tratamos de evitar el cambio hacia lo peor; cuando deseamos cambiar, tratamos de actualizar algo mejor. Toda acción política, pues, está dirigida por nuestro pensamiento sobre lo mejor y lo peor. Un pensamiento sobre lo mejor y lo peor implica, no obstante, el pensamiento sobre el bien.

Siguiendo estas líneas, podríamos introducir en nosotros la reflexión sobre si lo que valoramos es bueno (que los antiguos identificaban con la *prudencia*), porque para nosotros es natural ser culturales, no podemos sino ser culturales, no podemos dejar de actuar según lo que valoramos –al menos en la vida que conocemos.

El *hombre de Vitruvio*³ no es un hombre, sino un acceso al hombre y su dinámica. Porque la libertad del hombre está implicada en una espiral ascendente/descendente, que según sean sus decisiones se hace mejor como hombre, o volviendo al ejemplo anterior ¿mejor como ciudadano y peor como hombre?

Acertar valorando⁴

La vocación del ser humano, es actualizar la energía (potencia) que ya es, en él. Hay en los seres humanos, como en las naciones, una potencia de desarrollo a la espera de ser actualizada; por ello, desarrollarse, progresar, es llegar a ser (cultura) eso que, en uno –de alguna manera–, ya se es como posibilidad (naturaleza).

³ Dibujo de un varón, acompañado de notas anatómicas realizado por Leonardo da Vinci, ca. 1490

⁴ Se desarrollan en este punto ideas esbozadas en un artículo del mismo nombre publicado en la revista *Criterio*, n. 2480, septiembre de 2021, pp. 40-43.

Al hombre le es natural ser cultural. La apertura al ser cultural es parte de su naturaleza, no nacemos enteros, sino que nos vamos enterando. ¡Siéndonos enteros, en tanto nos enteramos de qué va la vida!

Para nuestras culturas *actuales* la naturaleza se nos hace presente desde la visión del mundo sometido a la incertidumbre ecológica que nos legó la última Modernidad. Por eso evocamos el paisaje, más que *lo que las cosas son*. Sin embargo, tanto el paisaje como lo que el hombre es, se pueden resumir en las ideas de «la naturaleza de las cosas», «lo que las cosas son», o «lo dado», si recuperamos la visión de los más antiguos poemas y relatos de nuestras culturas.

Las cosas son

Las cosas *son* con independencia de nuestra estima, desprecio, amor u odio. Somos cuerpos, emociones, voluntad, inteligencia y misterio, en el tiempo, y queremos ser felices de las formas más diversas, y por razones diversas.

El fin de nuestra vida en tanto que sentido de nuestros actos es bueno, sin perjuicio que a veces puedo equivocarme en el bien que más me ayuda a realizar el sentido de mi vida: condicionado por el cuerpo que soy, mis estados de ánimo, mi entorno geográfico-cultural, valoro como fines cosas que son solo medios. Por eso me conformo con rutinas vacías, me conformo a un espejismo –una burbuja–, o me conformo al descarte, a la misma basura, a la que elijo como motivo de mi obrar. Así *cuando elijo me elijo*.

Todos *intentamos traducir nuestros fines subjetivos en objetivos de la acción* y en ello ponemos en juego nuestra libertad (memoria del pasado iniciativa actual y espera futura), porque no toda escala de valores nos hace más capaces de libertades, no toda escala de valores es buena para el hombre. La felicidad del hombre pasa por el descubrimiento de un mundo de «valores humanos».

Se trata de aquello que lleva a plenitud los dinamismos propios de la persona, y es capaz de dar plenitud tanto al autor como a los destinatarios de una acción (el objetivo y su *feedback*), es decir referidos a lo bueno para el hombre –mujer y varón, sin distinción de cómo se auto perciba–, porque

Siempre será bueno que el hombre sea libre, siempre será bueno que no haya esclavos, siempre será bueno que no haya pueblos oprimidos, siempre será bueno que no haya persecuciones raciales, siempre será bueno que un chiquito no muera de hambre. (Sábato, 1992, p. 2)

Aun cuando los tiempos y las geografías traen matices o, aunque el consenso histórico considere valiosas realidades contrarias al bien del hombre, como *Auschwitz*, *Hiroshima* y *Vietnam*, por solo citar ejemplos emblemáticos por lo desgraciados.

Sin perjuicio de ello, lo que es bueno para el hombre siempre se descubre y se expresa en lenguaje humano. De modo que *el bien del hombre* siempre es *percibido, apreciado y conocido* como *valores humanos*. Nunca puede ser expresado en tal universalidad que comprenda a todos los hombres –mujer y varón– incluyendo cómo se auto perciba, en todas las situaciones, en todas las culturas, en todas las geografías y en todos los tiempos. Siempre dependerá de la capacidad de universalidad, abstracción y expresión de cada cultura.

Una vidriera de Ámsterdam proclamaba estos días: *BIRTH PLACE: Earth, RACE: Human; POLITICS: Freedom, RELIGION: Love*. La publicidad no suena casual, cuando en la divisa del escudo de la Ciudad se lee: *Heldhaftig, Vastberaden, Barmhartig*, que en neerlandés significa *Valiente, Inquebrantable, Compasiva*. El lema otorgado a la Ciudad por la reina Guillermina de los Países Bajos para recordar el comportamiento de los ciudadanos de la Ámsterdam a partir de febrero de 1941⁵, manifestándose públicamente contra la persecución a los judíos durante la ocupación por parte del Tercer Reich.

Valores para ver

La capacidad intuitiva del corazón (como centro unificado de lo personal) sobre la riqueza de lo real, nos permite el conocimiento del bien de las cosas; la afectividad desea atribuyendo bondad particular al motivo de su acción (lo que considera valioso), tenga bondad (*bien*) o, aunque no la tenga, y por eso necesita de un juicio (de ordinario auxiliado por la *norma*), para no errar, y un hábito perfectivo concreto (*virtud*, como llamamos a quien domina extraordinariamente un instrumento musical) que le permite perseverar cuando lo bueno se vuelve arduo.

La bondad es inherente a las cosas –sujetos y objetos reales–, los valores no son inherentes a las cosas, no se extraen de las cosas. Es la intención, que

⁵ El 9 de febrero de 1941, cerca de Rembrandtsquare, un grupo de jóvenes opuso resistencia a los nazis holandeses atacando a personas judías, el 11 de febrero se repitieron las luchas, y el 25 de febrero se produjo la huelga general.

las interioriza como motivo de la acción y así rompen la indiferencia de una voluntad, y allí vuelve –o se disponen a volver– a las cosas como acción, lo que para el sujeto es percibido/apreciado como valor.

Los valores son el sentido real de la acción particular, sean o no buenos, sean o no declarados como motivo de la acción, son la fuente de energía de la acción. Nuestro corazón –*cuero y sangre*– tiene olfato para el bien, pero por varios factores no siempre acertamos (respecto a nosotros o a los demás).

La vida tiene sentido exclusivamente para la plenitud humana a todo plazo que llamamos felicidad. *Estamos condenados a ser felices*, es decir que buscamos la felicidad con necesidad, aunque sólo la hallamos libremente.

Conocemos muchas personas que deben someterse a muchos años de terapia porque han tenido obstáculos para esta posibilidad de sus naturalezas, les han dificultado el camino para ser felices, a veces *con las mejores intenciones* (Bergman, 1992).

En un mundo de creciente soledad, no es que *el infierno son los otros* (Sartre, 1944), sino que la mirada ajena que puede hundirme, puede ser también la que me descubre y revela, me incomoda y libera de *La Matrix* (1999). El otro, mi bien, llega a estar dentro de mí con todas las señas de su identidad. Este fenómeno se corresponde con la realidad propia de cada uno de esos bienes, ya que las personas no dependen de ningún otro elemento de nuestra realidad, siquiera de ellas mismas, para ser un bien.

Los movimientos en pro de recuperar la tradición contemplativa en nuestras culturas, por la vía de estar plenamente presentes, nos recuerdan que no hay cosa más importante que la sensibilidad frente al bien. Preparar para descubrir el bien en uno mismo, en quienes nos rodean y en lo que nos rodea.

No tiene sentido hablar de las normas, ni las virtudes importan, si no se habla del bien, la felicidad: cómo vamos a ayudarnos a ser felices.

Valores para juzgar

Hay bondad en la existencia, todo puede ser bueno pero, ¿cuál es el bien adecuado a mí? Nosotros sabemos que el sol en las piernas desnudas del bebé ayuda a una buena calcificación, pero entonces, ¿por qué razón no dejamos al bebe desnudo, durante tres horas, al sol del mediodía de verano? Ese no es el bien adecuado a su realidad, por muy valioso que yo lo considere.

Las normas serán auxilios a nuestro razonamiento, cuya bondad viene del bien que persiguen. Es importante recordar que las hemos puesto luego del *bien* y a éste luego de la *felicidad*.

En el museo del Louvre se conserva el Código de Hammurabi (1700 a. C.) y algo más de cinco siglos después podría estar el origen de normas paradigmáticas de nuestra civilización, el decálogo del Éxodo (20:1-3, 7, 8, 12-17):

«Entonces pronunció Dios todas estas palabras diciendo: “Yo, Yavé, soy tu Dios, [...] No habrá para ti otros dioses [...] No tomarás en falso el nombre de Yavé, tu Dios [...] Recuerda el día sábado para santificarlo»;
 «Honra a tu padre y a tu madre», «No matarás»;
 «No cometerás adulterio», «No robarás»;
 «No darás testimonio falso contra tu prójimo»;
 «No codicies la casa de tu prójimo. No codicies su mujer, ni sus servidores, su buey o su burro. No codicies nada de lo que le pertenece».

Las siete proposiciones antes transcritas, contienen diez normas, que se refieren a bienes específicos:

1º, 2º y 3º Dios como bien humano; 4º la familia; 5º la corporeidad; 6º la sexualidad; 7º los bienes materiales (extensiones de lo que él es); 8º la honra, la buena fama, el reconocimiento de lo hecho.

El bien da sentido a las normas, así la asociación de las pertenencias a la propiedad y la mujer a la sexualidad es errónea; quienes hemos trabajado en comunidades pequeñas, paupérrimas y aisladas, vivimos que los 9º y 10º mandamientos deben ser leídos desde el mayor bien de la paz en la vida común.

Las normas podrán ser conclusiones de principios generales del bien (como las señaladas) o convencionalismos sociales, siendo las primeras las más importantes, sin embargo, las segundas no dejan de estar referidas al bien para poder ser *percibidas/afirmadas/reconocidas* como *valiosas*.

Valores para obrar

Sin sensibilidad para descubrir el bien, falta el olfato para ser feliz. No siempre acertamos en percibir/apreciar la relación entre mi acto y el bien. ¿Cómo mejorar nuestro ajuste entre la realidad y nuestro reconocimiento de esa realidad? Porque nunca estamos detenidos, aún el éxtasis hace diferencia.

Nuestra vida es caminar, y hay un proceso misterioso que acompaña la elección del hombre: prendo un cigarrillo y fumo por primera vez... Me he dado cuenta que cuando ejerciendo una determinada opción transformo la realidad, por mi causa se producen procesos físicos y químicos alrededor. Sin embargo, ha sucedido algo muy importante, yo creía que fumaba, pero me he ido haciendo un fumador; elegí excederme en el consumo de alcohol, pero no me di cuenta que me volvía un alcohólico.

El acto aislado apenas me modifica, sólo me ha dispuesto a un nuevo acto aislado, pero si este se reitera pasará a ser una costumbre y al hacerlo me modificará de modo estable en alguna de mis realidades (facultades). Este proceso descripto hace más de veinticuatro siglos, encuentra hoy bases neuronales. Cuando estas disposiciones estables amplían mi libertad las llamamos virtudes, cuando me van encerrando en no poder abandonar el acto, las llamamos vicios.

Es sabido que toda costumbre perfectiva requiere ejercicio y continuidad (la virtud no se alcanza por asalto dirían los antiguos). Para avanzar en el proceso, habrá que sustituir unos hábitos por otros, e ir armando cadenas de operaciones que vayan trabajando la costumbre para la realización de actos que me perfeccionen (y a veces me liberen de una adicción).

La virtud es así la fuerza de mi libertad asumida y su ausencia la limitación de mi libertad delegada. Las virtudes (buenas disposiciones internas) nos motivan y capacitan para el logro de nuestras metas. Lo contrario serían los vicios (que desaparecen a medida que crecemos en virtud).

Es un camino muy distinto del «autocontrol» (*self control*), estructuras extrínsecas que si bien, a veces son eficaces, pueden también destruir texturas de la personalidad singular.

Moverse desde el interior, fijarse la meta, arrancar y perseverar, todos sabemos que con ello se logra lo que nos proponemos. Es la tarea de la sensibilidad, el razonamiento y la conducta, es el horizonte del bien, la norma y la virtud en reforzamiento mutuo:

Autogobierno

Sensibilidad ética	Bienes morales	Automotivación
Razonamiento ético	Normas morales	Autonomía
Comportamiento ético	Virtudes morales	Autodeterminación

La tarea librada al trabajo humano, a las culturas, no es ni más ni menos que terminar el desarrollo de lo creado, llevarlo a su perfección posible, desafío y tarea de amar la creación, que se renueva en cada persona que nace.

Valores desencontrados⁶

A diferencia del Monte Olimpo, donde los dioses representaban un valor y estaban en permanente lucha, los valores no se amigan, ni luchan entre sí, no se encuentran, no se desencuentran, ni dialogan.

Uno no ve valores caminando por las calles, ni en las guerras, ni cuidando a un moribundo, sino a hombres (mujeres y varones) que se mueven con la energía que les da el haber interiorizado un algo o un alguien al que consideran valioso.

En esta interiorización, reconocemos sabio a aquel a quien las cosas *le saben como son*, e ignorante cuando alguien mal usa las redes o los medios para hablar sin conocimiento de cosas que tenemos experiencia.

A medida que vamos creciendo, nos es más fácil identificar a quien fabula y a veces, sólo a veces, lo conseguimos con alguien que padece desorden psicológico (sobre este problema del desconocimiento de la interioridad del otro está el éxito reciente de Netflix *Ilusiones Mortales*, 2021), y cuando alguien entrega su inteligencia a una ideología, que es una categoría de desorden del alma, que le permite vivir en una segunda realidad distinta de aquella en la que está inmerso.

Hay ideas que *nos encaminan hacia un pensamiento que deja de ser opinión para convertirse en conocimiento político*, e ideas al servicio de la acción política (ideologías, mitos y utopías), las que, si bien no están sometidas a la identificación con el sabor de las cosas, deben tener *de la brisa ese olor a calle... que me da la dirección*⁷ para que alcancen popularidad.

Nuestro obrar es todo nuestro, es decir que no obran nuestras manos, sino que todo nosotros estamos en el obrar de nuestras manos. Nosotros volcamos *el sentimiento en la canción*. Damos asentimiento nocional a las ideas y

⁶ Se desarrollan en este punto ideas esbozadas en un artículo del mismo nombre publicado en la revista *Criterio*, n. 2476, mayo de 2021, pp. 22-25.

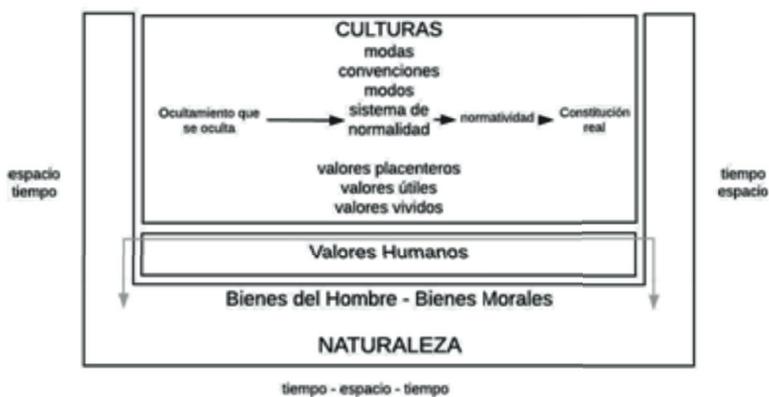
⁷ Refiero varias veces en esta parte, la canción *Los caminos que no sigue nadie* compuesta por el dúo Pedro y Pablo (Miguel Cantilo y Jorge Dirietz, 1970) en el mismo período en que se desataba la espiral de violencia en Argentina.

abstracciones, y tienen un cierto poder, pero damos asentimiento real a algo que experimentamos, sentimos y eso es lo que da energía a la acción.

La publicidad del ¡*Llame ya!* procura que el sentimiento *tapándome los ojos* me lleve a la compra de impulso, antes que el tiempo permita una consideración más detenida de la acción, algo parecido sucede con el fundirme en el nosotros de la ideología.

El problema particular de la ideología, como justificadora de la acción política, es que consiste también en un ocultamiento que se oculta, pudiendo alcanzar en su reflejo de una segunda realidad, un no reflejo de la realidad, resultante en una alta perdurabilidad en el tiempo; como esos cuentos populares que reencontramos repetidos una y otra vez en distintos libros y películas, culturas, y momentos históricos.

En muchas profesiones, la adquisición de los conocimientos va siendo acompañada por un entrenamiento (*training*/ascesis) para evitar las decisiones impulsivas cuando la información es imperfecta. Esto es esencial cuando se está a cargo de personas, lo que es una función de gobierno, desde una familia hasta una empresa global, pasando por un movimiento político y el estado nacional.



Yo voy perdiendo sangre como el sol de la tarde

Luego de sus libros *El aparato. Los intendentes del conurbano y las cajas negras de la política* (2005), *Propaganda K. Una maquinaria de promoción con el dinero del Estado* (2007) y *Born* (2015), María O'Donnell ha hecho una

nueva contribución a la memoria de la democracia argentina con su libro *Aramburu* (2020).

Los dos primeros son periodísticos, pero los dos últimos son libros poco comunes en nuestra Argentina –donde se tiende a hablar de héroes olímpicos y demonios infernales–, y no de pobres hombres (mujeres y varones), que aciertan y erran, hacen maravillas y ponen en marcha desencuentros axiológicos que llevan a catástrofes colectivas.

La reconstrucción minuciosa del secuestro y homicidio de Aramburu va abriendo paso a los orígenes de Montoneros, y a su disolución fáctica, transparentando los valores que energizan las acciones durante uno y otro período.

Mientras relata esta historia de la memoria de la democracia argentina, va refiriendo otras dos historias globales/locales: la de la guerra fría –desde de la Segunda Guerra Mundial–, y la de la tensión conservación/renovación en la Iglesia Católica –ya antes del Concilio Vaticano II–:

En plena guerra fría entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, con el empuje de las numerosas colonias que se habían independizado en África y Asia, había surgido el Movimiento de Países No Alineados y la noción de Tercer Mundo. Esos vientos de cambio conmovieron a la Iglesia en forma inesperada. (O'Donnell, 2020)

Se trataba de un mundo que ya había iniciado un cambio de *ethos* imprevisto, aun para los observadores más lúcidos. Vale como testimonio la mirada de Ortega y Gasset sobre el comienzo del siglo XX con ocasión de *Los terrores del año mil, crítica de una leyenda* (1909):

Hoy, sólo merced a un gran esfuerzo de disociación, podemos reconstruir aquel estado sentimental e intelectual, porque la base de nuestras vidas es algo firme y definitivo; las instituciones fundamentales están perfectamente delimitadas, legalizadas y reconocidas; los acontecimientos económicos siguen su marcha regular; la ciencia ha perdido la bienhadada inocencia, y no se halla al capricho de cualquier error craso y elemental presentado con firmeza e ingenio. Y todo esto es de tal manera sólido y preciso, que llega á inquietar los ánimos amigos de las cosas turbulentas, de la intervención del «Deus ex machina», de las ideas confusas, en una palabra, de todo lo robusto; tal es, a mi entender,

la significación de los anarquistas políticos, artísticos y científicos, protestantes de la marcha legal, sin altibajos ni emboscadas de la existencia.

En el *olor a calle*, los movimientos anarquistas ya se hacían notar desde fines del siglo anterior, el racismo se consideraba ciencia, se estaba en los albores de la Primera Guerra Mundial, y la revolución bolchevique. El *aire del tiempo* se estaba transformando, y la energía de las elecciones detrás de los actos humanos había variado sus ejes en dirección al mundo actual en que vivimos, luego del trauma de *Verdún*, se pensaba que habían vivido *la guerra que terminaba con todas las guerras*, y llegaron todavía los traumas de *Auschwitz, Hiroshima y Vietnam*.

Y yo sé que tapándome los ojos

Hasta donde sabemos, los hombres no dejan de valorar mientras viven. Nuestros sueños y pesadillas expresan valoraciones, aun cuando dormimos. Hay registros suficientes de pacientes en coma que disciernen determinadas voces, las cuales –a veces–, los llevan a salir de su estado. Toda relación entre hombres (mujeres y varones) está energizada por lo que valoramos.

Las ideologías, como enlatados morales, sortean muchos problemas entre personas y automatizan el consenso, con lo que van acumulando problemas sin resolver, ya que acumulan deberes vacíos de realidad, y lo que las cosas son va perdiendo importancia por la inflación sustituta de lo que las cosas deberían ser.

Cuando ocurrió el golpe militar del 24 de marzo de 1976, Montoneros confiaba en una dialéctica, que se manifestaría como: ofensiva militar, resistencia guerrillera, contraofensiva montonera, que se les hacía consistente, porque confiaban en la dialéctica de la historia marxista.

Pero el voluntarismo de la visión ideológica de Montoneros acerca de la necesidad histórica no se correspondía con la realidad de un estado que ya desde hacía años «había copiado el modelo francés de brigadas de seguridad contra las guerrillas –los militares franceses habían aplicado métodos de tortura contra los rebeldes argelinos» (O'Donnell, 2020).

Esa se había convertido en la doctrina real de las fuerzas armadas. En contra de la distinción entre gobiernos autoritarios y estados totalitarios de Jeane Kirkpatrick (1979), para quien «los gobiernos autoritarios tradicionales son menos represivos que las autocracias revolucionarias» (p. 11); luego de

los totalitarismos del siglo XX y con el avance de los medios tecnológicos, el totalitarismo es el desarrollo más probable de cualquier régimen autoritario.

Cuando allí me voy perdiendo / Tras de mi imaginación

En la Iglesia Católica, la represión cayó por igual sobre todas las teologías de la liberación, la naciente teología del pueblo y toda expresión pastoralmente *encarnada*, sin distinguir opción sobre la lucha armada, la no violenta, el anhelo de la democracia perdida, o el absurdo. Entre muchos, el caso de María del Carmen Maggi, decana de la Facultad de Humanidades de la Universidad Católica de Mar del Plata, colaboradora de monseñor Eduardo Pironio, que el 9 de mayo de 1975 fue secuestrada por escuadrones de la muerte paraestatales y hallada, el 23 de marzo de 1976, sin vida, cerca de la ciudad de Mar del Plata (Camusso, López y Orfali, 2012).

En el libro de María O'Donnell y en el anterior de Lucas Lanusse (2005) se percibe que no fue pareja la opción de quienes vivían solos y quienes vivían en comunidad dentro de la Iglesia. Como se dijo antes, no existen todavía investigaciones específicas, pero es razonable pensar que la praxis del gobierno capitular, la colegialidad, las asambleas comunitarias en parroquias, universidades, congregaciones y órdenes, permitió un diálogo, debate y discernimiento comunitario, con menor literalidad y dogmatismos. Una mirada más realista del acontecer histórico y de la profundidad de la oscuridad que se estaba desatando.

Esto ya había sucedido en 1511 cuando los religiosos de La Española decidieron en Capítulo denunciar la encomienda; luego en el Capítulo de San Esteban de Salamanca cuando discutieron la defensa de esos religiosos ante el emperador, dando luz a lo que se conocería luego como el derecho internacional de gentes, y en 1810 cuando las órdenes religiosas se volcaron por la revolución ante un clero secular que dudaba por la verticalidad regalista.

Dentro de la Iglesia, en las familias, o en los partidos políticos, donde se generan espacios humanos con menos voces, con más monólogos ideológicos, o con escuchas apenas simuladas es más difícil resolver la dificultad humana de que puedo querer lo que quiera, pero no puedo hacer bueno lo que he querido.

Como documenta la vida de Pironio, la muerte de María del Carmen Maggi y la canción que hemos tomado en esta parte, había otros caminos [...] aunque parecía que no los seguía nadie, no era así.

¿Encarnación de valores?⁸

Durante trece años trabajando en el llano de La Rioja con adolescentes y jóvenes de entre quince y veinte años, compartimos la vida con esas queridas personas buenas, generosas, tiernas, difíciles y algún violento.

En esos caseríos criollos antiguos, de aridez casi desertificada, donde antes de una elección colocan los postes de luz, a la siguiente elección cablean el pueblo, y nunca conectan ese cable con nada; entre casa de tres muros de adobe, luego de un día agotador, sentados al sereno, en torno al fogón se daban las charlas. Entonces solía preguntar a los chicos: «¿quién de ustedes tiene un cuerpo?» Levante la mano...

Luego de un poco de desorientación por la pregunta, todos levantaban la mano. Entonces les proponía con alguna picardía: *Yo no tengo un cuerpo, soy mi cuerpo.*

¿Quién puede encarnarse?

Amigos de Emilio Komar recopilaron en un libro la conferencia *Encarnación de valores*, donde el filósofo explica que el tema de los valores aparece sobre todo bajo un doble aspecto que es también una doble exigencia: los valores se viven y los valores «valen», tienen fuerza; podríamos decir: aspecto de encarnación y aspecto «energético».

Komar usa la expresión *encarnación* de un modo propio de su tiempo, pero nos deja el registro que le incomoda. La razón de su nota al pie⁹, no es tan evidente en nuestro tiempo *actual*, pero sigue siendo la misma: las personas humanas no podemos encarnarnos porque ya somos constitutivamente carne.

En nuestra acción es muy difícil distinguir lo corporal, de lo emocional, de lo espiritual; lo individual de lo social (Estévez, 2020). La visión idealista

⁸ Se desarrollan en este punto ideas esbozadas en un artículo del mismo nombre publicado en la revista *Criterio*, n. 2478, julio de 2021, pp. 34-37.

⁹ *Orden y misterio*, p. 158, n. 31. El segundo al referir: Lo que hoy se llama «encarnación», los escolásticos lo han estudiado en el capítulo de los hábitos. Advierte que el uso del término Encarnación que está haciendo, es inapropiado, ya que se encarna lo que es de por sí ajeno a la «carne». Precizando como indica Henri Lubac, que el término encarnación corresponde solo para la *Encarnación de la Segunda Persona Divina* y su uso no debería haberse extendido indiscriminadamente. Lo cual, sin embargo, ocurrió. Después de las obras de Gabriel Marcel, Emmanuel Mounier y otros autores, especialmente de la orientación llamada «existencialismo cristiano».

que se fue abriendo en las distintas vertientes de la segunda Modernidad –a partir de la Ilustración emancipadora– se va quebrando por el daño que ha producido la primacía de la racionalidad del cálculo, pero se prolonga en espiritualidades «desencarnadas» –chispazos de actitudes gnósticas sobre telones orientales–, en una gradiente desde la visión mínima que nuestro cuerpo es una más de nuestras posesiones, hasta la idealización de nuestro verdadero ser espiritual que está encarcelado en el cuerpo.

Estas ideas subyacentes, de nuestro cuerpo objeto –no podemos ser ni desencarnados, ni desalmados–, dificultan el acceso a la realidad que comprobamos cada despertar: somos «un amasijo hecho de cuerdas y tendones» (*La Masa*, Silvio Rodríguez) y somos más que cuerdas y tendones.

Si no es encarnar, ¿sólo se trata de vivir valores?

El técnico de fútbol nos cuenta que *los muchachos están muy motivados para el partido* y lo observable es cómo se mueve el equipo en la cancha, cómo buscan la pelota, la precisión en los pases, sus intentos de llegar al arco y mover el marcador.

Vemos un conjunto de acciones humanas que coordinan las personas fuente de esas acciones –con su totalidad «a cuestas» o «en el tanque»– para conseguir unos objetivos que a todos interesan, aunque ese interés pueda deberse a motivos –de satisfacción de necesidades– de naturaleza muy diferentes.

Observamos que en el partido todos los jugadores, o muchos de ellos, ponen la misma *garra* y sabemos por ello que están muy motivados. El motivo de esa motivación está allí, pero al ser interior, es –en principio– opaco a nuestra observación.

Sin embargo, en el tiempo, podemos llegar a intuir cómo muchos juegan por *la prima* durante el campeonato y por *la camiseta* durante el mundial. Esa puede ser una de las razones por la que los mundiales tienen siempre más público que los campeonatos. No es sólo el *interés nacional* sino la calidad, *la deportividad* del juego, *el corazón que se ha puesto –cuerpo y sangre–* lo que atrae.

La *motivación* del equipo de fútbol en la cancha tiene *motivos* (la intencionalidad) que son la fuente energética de la motivación de cada uno. Tanto el jugador en la cancha, como el espectador en la tribuna abstraen del motivo el *valor* que da energía a esa acción. Pero el valor abstraído ya está en su singularidad en la acción intencional, antes de cualquier juicio o apreciación posterior.

Motivación	Motivo	Valor
------------	--------	-------

Percibir que no se vive lo valorado

Cuando lo que mueve a las personas es lo que hacen (lo que hacen es su fin final), y no es que lo hacen por otros fines, ajenos a su acción, eso se nota y en el partido de fútbol, la diversión es grande.

Por esa actualidad del fin los valores se perciben/aprecian con mayor facilidad donde no hay rutina, lo que no quiere decir que en las rutinas no se pueda percibir/apreciar valores (pero eso es un tema que nos distraería ahora).

En la acción se ha roto la indiferencia de una voluntad –que no se mueve a sí misma, en sí misma, sino que es movida por su objeto– pero el motivo, su sentido subjetivo, puede permanecer todavía opaco para el observador. Sin embargo, más a la corta que a la larga, aunque no conozcamos el motivo real, intuimos que el motivo tras la motivación no es lo que se quiere hacer parecer. No vive lo que dice vivir.

Lo mismo en un partido de fútbol que en el juego de papá, la clase del maestro, el trabajo, o la celebración litúrgica. Los partidos, las familias, las escuelas, los trabajos y las iglesias, desabridos (sin sabor), rutinarios, aburridos, adolecen de energía porque el objetivo de lo que se hace, no está en lo que se hace, sino en otro lugar. Sin cuerpo y sangre (con energía prestada), no hay sabor.

Apreciar que se vive lo valorado

En la segunda década del siglo XX, una joven filósofa judía del círculo de la fenomenología de Edmund Husserl, activista por el voto femenino y la paz en Europa, visitó la catedral de Fráncfort en el momento en que una mujer, de paso del mercado, entró para rezar un instante y siguió su camino. Para ella resultó sorprendente: «en las sinagogas y templos que yo conocía, íbamos allí para la celebración de un oficio. Aquí, en medio de los asuntos diarios, alguien entró en una iglesia como para un intercambio confidencial. Esto no lo podré olvidar jamás».

El *valor* que percibió en la mujer del mercado, el *motivo* que le compartió una amiga al enviudar y el contacto con la *motivación* de Teresa de Jesús, en la lectura de su vida, la decidieron a Edith Stein –la primera mujer en obtener un docto-

rado en filosofía en Alemania–, a pedir el bautismo cristiano, en la confesión católica. Al tiempo decide entrar de religiosa contemplativa y posteriormente debe ser trasladada a un monasterio de Holanda para protegerla de los nazis.

Luego de la invasión a Holanda, los obispos holandeses condenaron el antisemitismo y se opusieron a la deportación de judíos mediante una carta pastoral leída el día 26 de julio de 1942. El día 30 de julio se libró una orden para arrestar a todos los judíos de religión católica. Edith Stein y su hermana fueron arrestadas el día 2 de agosto de 1942 y llevadas con otros religiosos y religiosas a un campo de concentración en Holanda, donde una testigo registró en su diario la presencia de una monja carmelita con una estrella amarilla –Edith siempre fue fiel a su identidad judía y registró su entrada como tal a Holanda– y de un grupo de varones y mujeres religiosos que se reunían para rezar. Murió en la cámara de gas de Auschwitz, en Polonia, el 9 de agosto de 1942, llevaba el número 44074.

En los escritos de Edith Stein

Cada sentido comprendido exige una actitud correspondiente y tiene a su vez la fuerza que mueve a actuar en conformidad. Nosotros llamamos motivación a ese ponerse en movimiento el alma, en el que algo colmado de sentido y fuerza nos lleva a una conducta a su vez llena de sentido y fuerza. De esta manera se hace de nuevo patente hasta qué punto en la vida espiritual están unidos el sentido y el vigor. (2003, p. 187)

Abstraer lo que se percibe/aprecia

Abraham Maslow propuso en 1943 su *Teoría de la motivación humana*, a través de la imagen de una pirámide, en cuya base amplia se encuentran las necesidades básicas o fisiológicas (referentes a la supervivencia), angostando en el nivel de necesidades de seguridad (se refieren a sentirse seguro y protegido y surgen cuando las necesidades fisiológicas están satisfechas), afiliación (relacionadas con nuestra naturaleza social), reconocimiento, hasta llegar a su vértice con las necesidades de autorrealización (reconocimiento).

Maslow propuso dos tipos de necesidades del quinto nivel: la estima alta consistente en el respeto a uno mismo (confianza, competencia, maestría, libertad e independencia), y la estima baja consistente en el respeto de las demás personas (aprecio, estatus, fama, y dominio).

En 1970, Juan Antonio Pérez López obtuvo su doctorado en negocios en la Universidad de Harvard con una tesis titulada *Organizational theory: A cybernetical approach* a partir del concepto de aprendizaje, considerando como tal el cambio «que ocurren en el interior de los agentes como consecuencia de la propia interacción, siempre que esos cambios influyan en cómo será la siguiente interacción».

Comparar a ambos autores respecto de sus teorías de la motivación es para una tesis doctoral y no para un artículo, pero sí podemos observar que en Pérez López la teoría de la acción no es de un único sujeto aislado, sino una teoría de la acción recíproca, es decir, que las acciones no solo modifican el medio, sino que, modifiquen o no el medio, producen repercusiones en sí y en las acciones de otros sujetos.

Siendo los resultados interiores a la acción (que el autor llamará el *aprendizaje motivacional*) más significativos que sus consecuencias externas, puesto que modifican las capacidades de los sujetos en orden a la realización de acciones ulteriores –introduce el análisis del *feedback*, ausente en las descripciones anteriores.

Clasifica también los motivos de la acción, pero de un modo menos racionalista y más intuitivo, según el motivo real de la acción realizada (y no según la acción realizada):

- Extrínseco: el motivo, lo verdaderamente querido, no es el objetivo de la acción, sino el premio a obtener o castigo a evitar;
- Interno intrínseco: el motivo, lo verdaderamente querido no es el objetivo de la acción, sino el aprendizaje (transformación) que obtendrá el sujeto agente;
- Interno trascendente: lo verdaderamente querido es la acción que se realiza, el motivo es lo que se hace porque se ha hecho propio de la acción, el bien de un sujeto que la trasciende. Es trascendente porque el otro rompe la burbuja (mónada) de mi auto condescendencia, me incomoda, perturba y me saca del en-si-mismamiento al *ser-para-el-otro*. Si fuera a operarme, es razonable pensar que el cirujano quiere ganar su honorario, también es posible pensar que quiera mejorar su destreza técnica, pero desearía que también quiera curarme.

El autor sostiene que, de ordinario, los tres tipos de motivos están presentes y se combinan en distintas proporciones en dos sujetos que realizan la misma acción con la misma fuerza motivacional.

Propone que no hay una secuencia obligada de satisfacción de las necesidades. Los humanos no necesariamente ascendemos en las motivaciones por la satisfacción de las necesidades, en uno u otro nivel. Incluso –como sabemos quienes hemos participado de equipos que salvaron instituciones en las recurrentes crisis argentinas– muchas veces las personas resignan sus necesidades básicas para hacer propias las necesidades de *un otro*, que no aparece en la pirámide antes esbozada. Fue el caso de una automotriz que luego de aprobar una reducción de plantilla del 10 % recibió la contrapropuesta obrera de reducir los salarios en un 10 %.

El problema del feedback

La acción siempre depende de una intencionalidad que permanece hasta en nuestros sueños y pesadillas, motivos en los que descubrimos nuestras valoraciones aun cuando dormimos.

La decisión aislada apenas nos modifica, pero a medida que la vamos reiterando nos va haciendo quienes somos y por lo tanto más proclives a tocar bien el violín –con lo que la gente dirá que somos unos virtuosos del violín–, o a saltar las inhibiciones de una conducta destructiva, de modo que ya no seremos quien bebió de más, sino un bebedor, aunque seamos virtuosos del violín.

De ese modo, al elegir un motivo u otro, fuente de motivación para una conducta u otra, nos hemos elegido a nosotros mismos, quien en verdad queremos ser. Como propone Jorge Drexler: *Cada uno da lo que recibe / Y luego recibe lo que da / Nada es más simple / No hay otra norma / Nada se pierde / Todo se transforma.*

Valorar errando¹⁰

Los valores no se viven como valores, sino como decisiones personales. Robert Waldinger (2016) que dirige en Harvard el estudio de más largo aliento –más de setenta años– sobre la felicidad señala que «lo importante para mantenernos felices y saludables a lo largo de la vida es la calidad de nuestras relaciones».

¹⁰ Se desarrollan en este punto ideas esbozadas en un artículo del mismo nombre publicado en la revista *Criterio*, n. 2479, agosto de 2021, pp. 34-37.

Adicionalmente han encontrado que, «en el caso de las personas más satisfechas en sus relaciones, más conectadas a otros, su cuerpo y su cerebro se mantienen saludables por más tiempo».

He tenido la oportunidad de festejar, con empanadas, esa calidad humana –felicidad– de la vida de la viejita que acababa de fallecer a los 88 años –«sí tenía 88 por el documento, pero las llevaban a anotar a la ciudad cuando eran señoritas», me dijo un vecino–, en su rancho paupérrimo, y de una madre en quien también se cumplió esa condición en la solemnidad de un piso sobre una de las avenidas *buenas* de Buenos Aires.

La calidad de la vida humana a todo plazo, que llamamos felicidad, la vivimos por lo que valoramos, o ¿por qué de un modo u otro tuvimos la opción de vivir así, y la aceptamos en nuestra habitualidad? La experiencia nos muestra que es un valor accesible en diversas condiciones, pero también que existen valoraciones que pueden impedirla.

Los valores valen porque se vive según ellos. Los valores son la abstracción del sentido real de la acción particular, sean o no buenos, sean o no declarados como motivo de la acción, provienen del motivo real que es la fuente de energía de la acción, y se van articulando como constelaciones que, nos guste o no, dan sentido a la vida. Es la *motivación* (energía, fuerza) de la acción real lo que se puede observar y no la abstracción del valor.

En la acción nos damos cuenta que se ha roto la indiferencia de una voluntad –que no se mueve a sí misma, en sí misma, sino que así es movida– pero el motivo, su sentido subjetivo, nos puede permanecer todavía opaco. Sin embargo, más a la corta que a la larga, intuimos que el motivo tras la motivación es –o no– lo que se quiere hacer parecer para producir corazoncitos y pulgares, en alguna red, sin pensarlo.

Los valores son el sentido real de la acción particular, sean o no buenos, sean o no declarados como motivo de la acción, son la fuente de energía de la acción. Nuestro corazón tiene olfato para el bien, pero por varios factores no siempre acertamos (respecto a nosotros o a los demás).

Valores impeditivos

A veces hay condicionantes biológicos que nos impiden asumir ciertos motivos, pero lo más frecuente es que haya impedimentos –impedientes– de tipo psicológico, como miedos que no pueden ser ordenados por la razón.

Muchas veces experiencias traumáticas en la infancia bloquean la auto-percepción en el ser («estoy rota», «yo no sirvo para nada») o en el hacer («siempre serás una mocosa», «nunca vas a terminar una carrera», «no conservás ningún trabajo», «no servís para nada») en esos casos hay motivos que nos resultan vedados, impedidos hasta el punto que hay deportistas que solo pueden dar su verdadero potencial luego de un acompañamiento que le ha permitido superar estas barreras.

Hay también impedientes de irrealismo moral. Si al nacer otro nos visten por compasión y al morir otro nos entierran por misericordia, el otro no *es el infierno*, sino mi salvación –como demuestra el estudio de largo aliento antes referido–, pero es posible que se establezcan culturalmente impedimentos a la razón, que van del tanguero «la poesía cruel de no pensar más que en mí», hasta el exacerbado «yo, yo, y después, yo».

Desde lo cultural, una combinación de los dos anteriores –fobias y egocentrismo– es concebir la felicidad como la acumulación de dinero, que se sintetiza en la idea de que la felicidad consiste en cosas y la seguridad es el dinero que todo lo compra. Esta valoración irreflexiva –pero hoy tan frecuente– supone que todo está en el mercado, y *todo tiene su precio*.

Uno de los errores de la nueva izquierda en América Latina, es identificar capitalismo¹¹ y mercado y, en su lucha contra el capitalismo, destruir los mer-

¹¹ Sols Lucía, 2021, pp. 21-22: «La economía de mercado ha tenido cuatro etapas, cada una de ellas con sus interesantes logros y también con sus contradicciones: 1/ la etapa mercantil (siglos XIII - XVIII), en la que la riqueza consiste en tener grandes propiedades, 2/ la etapa industrial (finales del XVIII - primer tercio del XX), en la que la riqueza reside en poseer medios de producción que permitan fabricar a gran escala, 3/ la etapa financiera (desde el segundo tercio del siglo XX), en la que la riqueza consiste en tener acciones en bolsa y muchos dígitos en una cuenta bancaria, y finalmente 4/ la etapa informacional (desde inicios del siglo XXI), que apenas hemos estrenado, en la que la riqueza reside en poseer mucha información (un secreto industrial, la fórmula de una bebida popular, secretos inconfesables de un presidente cuya divulgación acabaría con su carrera política, la vacuna contra un virus depredador, el nombre de los espías de la potencia rival). Estas etapas no se pueden cortar con un cuchillo: cada uno de estos tipos de economía de mercado sigue hoy vigente, aunque con acentos distintos. Tal como Marx afirmó, y como se ha repetido hasta la saciedad, la economía de mercado —que él denominó despectivamente capitalismo— es un sistema muy hábil para generar riqueza, pero torpe para distribuirla. De todos modos, tenemos una errónea percepción de este sistema: creemos que siempre ha sido como en sus etapas industrial y financiera, pero eso no es cierto. De hecho, la economía de mercado es un sistema que hunde sus raíces en el siglo XIII, promovido por los franciscanos, como bien han expuesto en sus trabajos los economistas Stefano Zamagni y Luigino Bruni, y que nació en pleno mundo feudal precisamente como un espacio de libertad en el cual cada agente podía comprar, vender o producir lo que quisiera. Con el tiempo triunfaría el lema francés *«laissez faire, laissez passer»* («dejad hacer, dejad

cados. Las sociedades humanas han tenido mercado antes de las ciudades. Aun cuando están prohibidos, todas las sociedades, capitalistas o no, tienen mercados, con o sin moneda, compran, venden e intercambian bienes.

El templo, el mercado y el palacio/ágora están en el origen de nuestra sociedad euroamericana, desde el zigurat sumerio hasta nuestros días. El problema es que su actualidad global –sea por Levi's, Wrangler, empanadas argentinas, o tacos mejicanos, que se pueden comprar en casi cualquier lugar de la tierra–, condicionan nuestros conceptos de sociedad, de política y hasta de nosotros mismos, desde la idea de que todo se vende –hay que venderse bien.

La infinita fertilidad de la naturaleza, la tierra, el agua, todo tiene precio y se reduce a acciones de la bolsa de valores. Incluso nosotros estamos en “el mercado de trabajo”... con frecuencia nuestra “caritas” se monetiza y se convierte en “caridad” (limosna), sustituyendo el compartir la vida por un don monetario. (Radcliffe, 1994)

Valores desbordados

Toda vida tiene sus *sentidos*, de modo que *cada sentido comprendido exige una actitud correspondiente y tiene a su vez la fuerza que mueve a actuar en conformidad* (motivación). Sin embargo, muchas veces descubrimos en una discusión que nuestro propósito de escucha, o de medida, fue abandonado con la primera palabra hiriente que escuchamos. Lo que habíamos previsto como la imaginación de una mejor versión de nosotros mismos quedó totalmente descartado.

Y no siempre ha sido la pasión la que ha nublado la inteligencia, sino que, a veces es la racionalidad expresándose como *deber ser*, o como *mis límites*, lo que interviene. Una pareja me comentaba que, en un momento acalorado, la discusión había terminado cuando uno de ellos dijo: «lo pienso, pero no lo siento».

El problema de este avasallamiento es que ese valor, en su referencia real, va siendo dejado de lado frente al desborde de nuestra emotividad o de nues-

pasar», esto es, libertad de producción y libertad de comercio). La libertad entró en la economía precisamente con la economía de mercado. Al inicio, la economía de mercado no vino marcada por la búsqueda del máximo beneficio, como se suele creer erróneamente, sino por una articulación de lo individual con lo comunitario: compro y vendo productos en el mercado tratando de ganarme la vida con ello y procurando también cuidar de la comunidad».

tra racionalidad, y como la vida humana pone *carne* a un sinnúmero de sentidos –no siempre congruentes, en el tiempo–, al ser carne, van adquiriendo *organicidad* y se estructuran como constelación de lo valorado (cultura), moviendo la actuación futura a una mayor conformidad, hasta que en lugar de ser una mejor versión de nosotros mismos, terminamos por ser una versión «amputada» –de ternura carnal, de emocionalidad bondadosa, o de racionalidad ordenadora– de lo que podríamos haber llegado a ser (con un final menos feliz que el de Mel Gibson en *The Beaver*, *El castor*, o *Mi otro yo*).

Valores espejismo

El video original de la canción *Demons*, del grupo *Imagine Dragons*, es sumamente valioso; va alternando las imágenes del conjunto ejecutando su música, con imágenes que emergen del *close up* de alguien del público. La segunda secuencia emergente es de un joven frente al espejo, dónde es claro que él no se ve en su anorexia, mientras la canción sigue *Cuando cae el telón (curtain call) / es el final de todo... Así que ellos cavaron tu tumba, / y la mas-carada llegará gritando / por el desastre que hiciste*. Todo en el hombre puede ceder a las fuerzas centrífugas de modo que la razón puede desconectarse de los sentidos y mandar a la voluntad que, en el espejo, lo real es el espejismo.

Esa ensoñación también puede ser un espejismo comunitario. En 1991 iniciamos un proyecto educativo para la Ciudad de Tandil. Conceptualmente mixto, con algunas de las ideas originarias de Víctor García Hoz en la personalización, religioso –con apertura ecuménica y responsabilidad totalmente laical–, bilingüe y de doble escolaridad. Algunas de estas notas de identidad, no tenían antecedentes en la Ciudad y por tanto era difícil ser entendidos por parte de la sociedad local. Se decía que si el proyecto no era de una institución clerical era una secta, que los chicos, al tener dos idiomas desde el comienzo de su escolaridad no hablarían bien el castellano, que la jornada extendida los dañaría, y un largo etc.

A pesar de esas dificultades nos fuimos abriendo camino, y en 1998 decidimos que el diagnóstico inicial del proyecto debía ser revisado con la ayuda de consultores externos. A los veintisiete que éramos nos dividieron en cuatro grupos, y antes de iniciar el trabajo –con cada grupo por separado– preguntaron cuál era el principal problema de la organización. Todos los grupos respondimos el *diseño de sistemas de relación con el entorno*, es decir con nuestra ciudad de Tandil.

Las sesiones consistieron en plantear diferentes problemas para elegir qué priorizar. Cada problema tenía implícita una decisión en la que valorábamos. *Bajar la misión a objetivos, metas y planes, y delegar las responsabilidades para el cumplimiento de los objetivos* ocuparon el primer y segundo lugar –considerando tanto la importancia como el desempeño–, en tanto que el *diseño de sistemas de relación con el entorno* de la Ciudad quedó en decimosegundo lugar sobre doce, en todos los grupos.

Nuestros diálogos informales, espontáneos, nos mantenían en una burbuja, de la que salíamos para hacer nuestro trabajo según lo que *en verdad* valorábamos.

A la ficción de realidad del espejismo de valor, también se puede acceder en el ciberespacio de la burbuja de sentido donde se exhibe para homogeneizar, para no perder el tren de la pertenencia, de la supuesta amistad, del supuesto diálogo, que no es tal. La fuerza del espejo, queda reforzada porque al que no coincide se lo bloquea, se lo cancela y así confirma mi poder de hacerlo dejar de existir, lo que brinda un *feedback* de energía a la acción –fundida en el nosotros colectivo–, hasta tanto no se despierte la conciencia de la irrealidad de lo valorado.

Valores basura y valores fantasma¹²

William Golding tituló su primera novela *El señor de las moscas* (*Lord of the Flies*, 1954), introduciéndonos abruptamente en el abismo de la conducta humana que intuyó concretamente el pueblo judío.

Un grupo de niños británicos cae en una isla perdida luego de la explosión sobre Hiroshima, la ausencia de adultos permite una utopía que, poco a poco, va dejando paso a la sombra de la naturaleza humana, con la lucha por el poder hasta la irracionalidad y la muerte.

A diferencia de la película *La Playa* (2000, con Leonardo Di Caprio), en el libro *El señor de las moscas* subyace todavía el planteo teológico de si existe una fuente del mal (la bestia) y el planteo político, donde el autoritarismo es capaz de destruir los procesos democráticos –lo que la película mencionada apenas esboza– e imperar, con asentimiento popular.

¹² Se desarrollan en este punto ideas esbozadas en un artículo del mismo nombre publicado en la revista *Criterio*, n. 2477, junio de 2021, pp. 32-35.

El malo

Los señores de los inframundos egipcios, griegos o mayas –que también lo representaban como una serpiente– podían actuar de un modo sesgado y hasta destructivo, pero no eran la serpiente que roba la inmortalidad a Gilgamesh, ni estaba perfilada su psicología, como para la serpiente que invita a sustituir a Dios, posibilitando la expulsión de Adán y Eva de la tierra como paraíso, en el lenguaje del Génesis.

En el tercer milenio antes de Cristo, los pueblos del Este del Mediterráneo rendían culto al Señor (Baal) como príncipe (Zebul) de la Tierra, dios del rayo y el trueno, para otros el dios del fuego. Como en sus altares la carne del sacrificio se pudría, los judíos, en son de burla, modificaron su nombre con una onomatopeya que evoca el sonido del aleteo de las moscas, de modo que pasó a ser llamado por ellos Baal Zvuv (*El señor de las moscas*, o Belcebú en nuestro idioma).

La palabra hebrea *Sheol* refiere un subsuelo de sombras que reclama a todo hombre. Aunque no tiene traducción posible, la biblia de los setenta la asoció a Hades. En cambio, la expresión *Gehena* que aparece en el nuevo testamento no se refiere a un lugar espiritual, sino a un lugar físico, donde había existido el culto cananeo de sacrificar niños a Moloch/Molek, y desde el año 638 a. C. se había convertido en basurero. Era el Valle para incinerar la basura al pie de la puerta sudoeste de Jerusalén, «donde el gusano no muere y el fuego no se apaga» (Mc 9:48)

Serán los autores cristianos del siglo II quienes, enfrentando el intento gnóstico de influir sobre las primeras comunidades –usando el género literario *evangelio*–, llegan a conceptualizar al malo como *el enemigo del hombre*, opuestos a *el amigo del hombre*, que es Dios.

En el siglo XX, con la experiencia de la Primera Guerra Mundial, y durante la Segunda Guerra Mundial, la genial intuición literaria de J. R. R. Tolkien (1937-1955), y luego de C.S. Lewis (1950-1956), lo conceptualiza con distintos nombres, pero siempre como el enemigo de la creación.

La trivialidad del valor

Sin negar la posibilidad de una entidad destructora, ni cuestionar las razones porque algunas traducciones cristianas sustituyen la palabra *Gehena* por *Inferno* (inframundo), la aparición del término *Gehena* en los textos

originales del Nuevo Testamento, siempre me ha parecido representativa de la sabiduría sobre posibilidad humana de tirar la propia vida y otras vidas a la basura.

Pablo de Tarso, educado y observante judío, nos transmite su experiencia: «Y así, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero» (Rm 7:19).

Luego de cubrir el juicio a Eichmann en Jerusalén, Hannah Arendt, desarrolla la idea de *la trivialidad del mal*. Esperando ver un monstruo concluye que se trata de un hombre pobre, sobre todo, en sustancia humana (en *bien*) *era un burócrata*.

Esta potencia del sujeto –en la ambigüedad de sus actos–, está implícita en el proceso de su libertad, de un modo que su libertad puede volverse contra él, y *volver su vida una basura*, un material de descarte.

Desde su experiencia en los campos de concentración, Viktor Frankl (1981) nos dice

Nosotros hemos tenido la oportunidad de conocer al hombre quizá mejor que ninguna otra generación. ¿Qué es, en realidad, el hombre? Es el ser que siempre decide lo que es. Es el ser que ha inventado las cámaras de gas, pero asimismo es el ser que ha entrado en ellas con paso firme musitando una oración.

Por eso todas las personas son dignas del mayor respeto, pero no todas las ideas son dignas de respeto. Géraldine Schwarz, autora franco-alemana de *Los amnésicos* (2019), ensayo con aire de novela, que indaga en el pasado de su familia en los años del Tercer Reich, recuerda que

Cualquiera que trabajara en aquella máquina de matar era culpable de asesinato a partir del momento en que conocía el objetivo de la maquinaria. Esto no planteaba ni la sombra de una duda para los que estaban en los campos de exterminio o conocían su existencia, del simple guardián al cargo más elevado de la dirección.

Yo puedo querer lo que quiera, lo que no puedo es hacer bueno lo que he querido. La bondad es una propiedad de la cosa, su valor es una propiedad que el sujeto le asigna al acto: a lo que lo conduce a la basura y a lo que es bueno en sí. Así, la separación del valor y el bien, que proponemos, no es

relativismo, ya que lo bueno se corresponde con la verdad de las cosas; pero sí relatividad empática, porque lo valioso es siempre la experiencia vivida por alguien, a cuya sensibilidad las cosas le hablan –*las cosas no son mudas*– y ante quien resplandecen como valiosas, sean o no buenas.

No podemos referirnos aquí a los problemas que ha generado la decadencia victoriana, y el nihilismo que contra ella reacciona, al desembocar declamando la deconstrucción de todo el proceso intelectual euroamericano. Las culturas son para el hombre una «segunda naturaleza» un puente entre «lo dado» y «lo construido», de un modo que es natural para el hombre ser cultural. Todavía existen algunas cosas sobre las que se dice un juicio absoluto: *Nunca Más*, pero la deconstrucción juega al Jenga con la cultura, retirando bloques de bienes humanos absolutos que trascienden la relatividad histórica y geográfica, creando así una estructura cultural cada vez más inestable.

Hay valores basura, porque los valores no son inherentes a las cosas, no se extraen de las cosas. Los valores se abstraen de los motivos que ha tenido, tiene, podrían tener, o deseáramos que tenga una acción, y se viven como motivación de la acción real. Es entonces cuando nos damos cuenta que han roto la indiferencia de una voluntad, que no se mueve a sí misma, en sí misma, sino que así es movida por las cosas.

Valores basura

Géraldine Schwarz refiriéndose a su abuela sostiene que, a partir de sus experiencias en la institución recreativa nazi *Kraft durch Freude (Fuerza a través de la alegría)*, desarrolló una lealtad completamente irracional hacia el Führer. En general se ve en el fascismo y el nacionalsocialismo la guerra y el Holocausto, pero no que en su proceso *hicieron soñar que Hitler estaba salvando el país, económica y políticamente; así el partido consiguió transmitir un sentimiento de pertenencia a una Volksgemeinschaft, una comunidad del pueblo* que excluía a los impuros (judíos, gitanos, enfermos mentales y disidentes) y estaba reservada a los pseudoarios. Afirmo la autora: «mi abuela era a la vez culpable de haberse dejado cegar y un poco víctima de una manipulación».

Los valores valen porque se vive según ellos. Los valores son la abstracción del sentido real de la acción particular, sean o no buenos, sean o no declarados como motivo de la acción, provienen del motivo real que es la

fuerza de energía de la acción, y se van articulando como constelaciones que, nos guste o no, dan sentido a la vida.

En lo personal, el sentido interiorizado vale, es fuente energética de la acción del hombre (mujer y varón) concreto: motivación autodestructiva o motivación plenificante. En lo social la constelación de lo valorado, con toda su ambigüedad, se va volviendo normalidad, normatividad y norma, presionando sobre la interioridad de los sujetos a adecuarse a ella. Es muy fuerte el relato de Lotte, una niña judía de Mannheim: «Un día, con la clase, fuimos a ver una película de propaganda para niños, la historia de un muchacho que se convierte al nazismo. Aquello nos impresionó mucho, todos queríamos parecernos a él. Luego, cada día cuando pasaba delante del centro de las juventudes hitlerianas: Estaba celosa, soñaba con pertenecer al grupo, tenían un aspecto muy feliz con sus uniformes». Geraldine Schwarz agrega una reflexión personal: «lo que envidiaba por encima de todo era su normalidad».

Así, la ideología –forma de pensamiento justificador de la acción más propia de la Modernidad– energiza la acción, como una enfermedad del alma, porque justifica en la inteligencia subjetiva una acción que no es buena, dispone la voluntad a la realización mítica, y puede destruir el medio natural o social sin un deterioro temporal del sujeto, aunque está tras valores basura.

Hay construcción de segundas realidades, que actúan como enlatados morales, automatizan el consenso, pero van acumulando problemas sin resolver, porque *lo que las cosas son* va perdiendo importancia por la inflación sustituta de lo que las cosas deberían ser, en la lógica ideal, pudiendo incluso llegar a constituirse en verdaderas religiones políticas.

En *La lista de Schindler* (1993) el capitán del campo atraído por una joven mujer judía exclama: «Es que casi parecen humanos». *La verdad de las cosas* es que la mujer es humana.

La ideología puede energizar la acción en la privación consciente del bien, pero a costa de una energía que no viene de la acción que se realiza, sino de unos segundos motivos anclados en segundas realidades que impiden el planteo del alma.

Luego del atentado del IRA, en la ciudad de Warrington en 1993, mataron a dos niños. El grupo musical *The Cranberries* compuso la canción *Zombies: Otra cabeza agachada (triste, avergonzado) / el niño es arrebatado lentamente, y la violencia causó tal silencio / ¿A quién estamos creyendo equivocadamente? Pero ves (entiendes) que no soy yo, / no es mi familia, / en tu cabeza, en tu cabeza, / están*

luchando, / con sus tanques y sus bombas / y sus bombas y sus pistolas, / en tu cabeza, en tu cabeza / están llorando. En tu cabeza, en tu cabeza, / zombi, zombi, zombi.

Llamamos valores basura, a aquellos motivos de nuestro obrar que conducen nuestra vida a la basura, al lugar donde se acumula lo desperdiciado. En contraposición, podemos decir que la bondad es una propiedad de la realidad y particularmente de nosotros como sujeto que somos –y no objeto–. El valor es así el intento de abstraer una propiedad que le asigna el sujeto, aún a lo que es bueno en sí.

Los valores fantasma

El orden social puede sostenerse en un espejismo de valor intersubjetivo, una ensoñación transitoria que estará flotando en el aire social; pero como llegó se va y hasta a veces se hace difícil recordarla.

En cambio, cuando los valores que fueron parte de un «sistema solar» –de una constelación de valores (o cultura) – ahora en declive y por ello estallando, ya no son lo valorado por las personas –lo que en verdad surge del motivo de la acción–, las normas irán quedando desnudas en su obligatoriedad, su cumplimiento se volverá vacío, rutinario, alternativo, optativo, absurdo. La adhesión ha desaparecido y lo que queda es el conformismo y la simulación.

A veces esas normas provienen de la conciencia de comunidad, con una alta solidaridad, pero también pueden ser el resultado de normas extrínsecas interiorizadas por temor, o por conveniencia de un contrato implícito, que el/ los sujeto/sujetos fuerza desde su interior a actuar. Aquí la expresión temor o conveniencia contractual no ha de ser interpretada sólo en el sentido físico, sino también y muy especialmente, en las sociedades sobre comunicadas o sin intimidad, en un sentido psicológico, psicosocial y psicopolítico (es muy fuerte ver, desde nuestra actualidad, la proscripción de la intimidad en *Un mundo feliz*, 1984, *El huevo de la serpiente*, o *La Isla*).

Las mayorías se vuelven apáticas, y la respuesta estructural es cada vez más mecánica, es decir la vitalidad social, la creatividad genuina, se va empobreciendo en favor de la obediencia literal (mecánica).

Los que tienen un espíritu divergente vuelven al consulado de sus abuelos, o si no lo tienen vuelan de turistas para ser luego residentes ilegales, o si no pueden llegan al suicidio (*La vida de los otros*, film de Florian Henckel von Donnersmarck, 2006), valores fantasmas, instrumento de dominación, sos-

tenidos por la manipulación, para el control social, son consignas justificadoras, fragmentos de ideologías, no tensan a la acción, no arrastran. Si se los sigue es por otra razón de valor como el temor o el privilegio.

Volviendo al aporte de Géraldine Schwarz, la autora muestra a su abuelo como un personaje banal, que no fue un monstruo, ni una víctima, ni un héroe, sino un *Mitläufer* (quien, *por ofuscación, por indiferencia, por apatía, por conformismo o por oportunismo, se convierte en cómplice de prácticas e ideas criminales*), quien compró en 1938 –momentos donde la situación de los judíos en Alemania era ya límite–, a una familia judía su empresa, al bajo precio que las normas de arianización legitimaban.

Cuando los valores declarados ya no son lo valorado por las personas, lo que en verdad es el motivo de la acción, la norma se queda desnuda en su obligatoriedad, su cumplimiento se vuelve vacío, rutinario, alternativo, op-tativo, absurdo. Siguiendo la línea de Ortega y Gasset (1921) es la miopía de confundir el conformismo con la adhesión.

Así el valor ha perdido su significación energética, porque no está en la carne de corazón, o no es asumido por todo nuestro ser. Entonces, en parte volveremos a la indiferencia, seguiremos arrastrando los pies, en parte el acto quedará trabado, si es que en parte no estará resistido y por tanto nosotros divididos, nuestro *corazón partió (en lo más profundo de mi alma / sigue aquel dolor por creer en ti, / ¿Qué fue de la ilusión y de lo bello que es vivir?*, Alejandro Sanz).

Lo energético del valor puede quedar como un fantasma que permanece en el interior con eficacia desmadrada exterior, pero con capacidad de choques interiores que van minando la interioridad (*pero miénteme aunque sea, dime que algo queda / entre nosotros dos*)¹³.

Los valores que no son motivo, quedan sostenidos en forma extrínseca y van convirtiéndose en fantasmas de valor, aunque todo el aparato del estado vuelto partido los sostenga.

¹³ A veces como describe Toynbee (El Mundo y El Occidente): «Cuando un rayo de cultura, en su recorrido, es difractado en sus bandas componentes: tecnología, religión, política, arte, esto a causa de la resistencia de un organismo social extranjero sobre el que choca, su 'banda tecnológica' es capaz de penetrar más de prisa y más profundamente que su banda religiosa. Y esta ley se puede formular en términos más generales. Podemos decir que el poder de penetración de una banda de radiación cultural, por lo general está en razón inversa al valor cultural de esta banda. Una banda trivial ofrece menos resistencia en el organismo social asaltado que la que levanta una bandacrucial, porque la banda trivial no amenaza causar tan violenta o tan dolorosa perturbación en el modo de vida tradicional del organismo asaltado».

Salvo la nomenclatura, la élite privilegiada, las mayorías se vuelven apáticas, y la respuesta estructural es cada vez más mecánica, es decir la vitalidad social, la creatividad genuina, se va empobreciendo en favor de la obediencia literal (mecánica).

Lo mismo en el estado/partido que en la fábrica, la parroquia o el hogar familiar. En el proceso extrínseco se ha percibido a la persona como materia amorfa (sin forma) y eso se paga con la revolución, el relevo de la élite privilegiada, la pérdida de la población, el abandono del hogar familiar, o como le ha sucedido a un párroco, que el coro entero se va al templo evangélico más cercano.

Los valores fantasmas, instrumento de dominación, sostenidos por la manipulación, para el control social, son consignas justificadoras, fragmentos de ideologías, no tensan a la acción, no arrastran. Si se los sigue es por otra razón de valor que se manifiesta desde dentro en la acción (por ejemplo, el temor o el privilegio).

El fenómeno de la nomenclatura se desarrolla también, autónomamente en las burbujas de sentido, de modo que los valores en el espejo se convierten en valores del espejismo social. Así como la norma puede sostenerse en fantasmas de valor, la agenda social puede sostenerse en un espejismo de valor, que flotan en el aire social y como llegan se van.

El mero poder, por extrínseco, parte el alma, y la ensoñación un día termina, ya que el alma humana no tiende sólo a lo material o materializable, a la autosatisfacción, estima o pertenencia.

La ternura restaura la posibilidad de la libertad y esta restaura la fuerza del corazón. La capacidad intuitiva del corazón (centro unificado de lo personal) sobre la riqueza de lo real, nos permite el conocimiento del bien de las cosas, la afectividad desea atribuyendo bondad particular a lo que considera valioso, tenga o no esa bondad (*bien*), y por eso necesita de un juicio (de ordinario auxiliado por la *norma*), para no errar, y un hábito concreto, encarnado (*virtud*) que le permite perseverar cuando lo bueno se vuelve arduo.

Nuestra escala de valores¹⁴

Durante bastante más que medio siglo hemos cumplido concienzudamente la consigna *gobernar es (des) poblar*. Pudimos convertir nuestro vasto

¹⁴ Se desarrollan en este punto ideas esbozadas en un artículo del mismo nombre publicado en la revista *Criterio*, n. 2481, octubre de 2021, pp. 51-53.

territorio en un desierto mar, donde flotan islas urbanas que en 2011 ya concentraban más del 92% de la población.

En esas ciudades crece aceleradamente el número de viviendas unipersonales, llegando en las más grandes ciudades a superar el tercio, con un crecimiento que estiman en el 50% la última década. A su vez las reglamentaciones de las ciudades reducen la superficie mínima autorizada para los departamentos de 50 a 30 m².

La vida dentro de esas unidades es cada vez más sedentaria, atada a una pantalla que ofrece la ventana a paisajes que no me rodean, en los que se viven relaciones que no puedo tener, con niveles de consumo a los que solo puedo acceder –por la posesión de microparcialidades simbólicas– luego de horas de trabajo desbordadas en el mismo mono ambiente (caparazón) que me contiene.

Al abrir mi correo recibo las cuentas de los servicios y las tarjetas y me siento conectado a *La Matrix* (1999), cuando solo soy un hongo.

- ¿Un qué?

- ¡Un hongo!

El principito empalidecía de cólera.

- Sé de un planeta en donde habita un Señor carmesí. Nunca ha sentido el perfume de una flor, nunca ha mirado una estrella. Tampoco ha querido a nadie. Sólo una cosa ha hecho en su vida; sumas y restas. Repite todo el día, como tú, hasta el cansancio: «¡Soy un hombre serio! ¡Soy un hombre serio!», hinchándose de orgullo. ¿Sabes lo que creo? ¡Que no es un hombre, es un hongo!

El servicio de dar sentido a la vida

Ser persona es valorar, y, por tanto, una vida humana que pretenda ser sin valores, carente de realidades que le valgan la pena, es un imposible. Siempre valoramos, aunque queramos escapar de lo que valoramos.

Una canción emblemática de la década de 1980 se llamaba *Self Control*, su video oficial por Laura Branigan (1984) es muy intenso, afirma: *vivo entre las criaturas de la noche (I live among the creatures of the night)* canta: *Nunca me detengo a preguntarme por qué / Me ayudas a olvidar jugar mi papel / Me tomas, tomas mi autocontrol (I never stop myself to wonder why / You help me to forget to play my role / You take my self, you take my self control) / No tengo la*

voluntad de intentar pelear / Contra un nuevo mañana, así que supongo que lo creeré / Que mañana nunca llega (I haven't got the will to try and fight / Against a new tomorrow, so I guess I'll just believe it / That tomorrow never comes).

Pero el mañana llega en el video (la muñeca de la escena inicial aparece dañada al amanecer final), y llegó en la cultura euroamericana actual: el fin de una ilusión (1989) se ha vuelto desencanto, insatisfacción, indignación (2008), y hasta manifestaciones callejeras (2010 Atenas; 2011 El Cairo, Madrid; 2019 París, Bogotá, Santiago).

Todo intento de eludir lo que en verdad valoramos es precario y se agota en un querer vivir y no poder, una vida asfixiada. De los valores que prometen y no satisfacen se vive un tiempo a la deriva y desde entonces arrastrando los pies, en frustración y pesadumbre, al encuentro con la vida que en verdad vivo, y no en la que mi deseo cree vivir.

Elegir es renunciar

Aun en un tiempo social desencantado, los valores ejercen el servicio de dar sentido a la vida de cada uno. Como en los viajes de los cuentos, es una tarea personal llena de incertidumbres, pero ineludible para asumir nuestra humanidad y crecer en ella.

De esta manera, uno organiza su vida de acuerdo a cómo valora. De acuerdo a aquello que *le vale la pena*. Lo que mueven su acción, son sus valores, porque le siguen siendo valiosos, aunque a veces, le sea penoso mantener el rumbo.

Muchas veces elegir es renunciar, porque hay alternativas incompatibles. Decidir es sacrificar cosas (*res*) que ya nos son valiosas para lograr otras que consideramos más valiosas que aquellas.

Así, hacemos lo que queremos, pero antes queremos de acuerdo a nuestra propia escala de valores. Incluso cuando queremos porque hemos sido engañados, o cuando somos forzados en una dirección, es nuestra escala la que sigue subyacente.

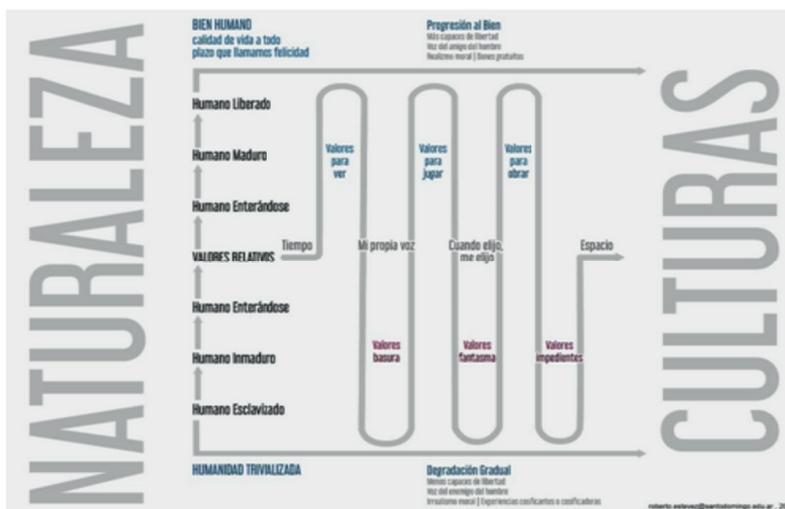
Freud opina que la reducción de la vida humana a sus condiciones más precarias tiende a homogeneizar las diferencias entre los seres humanos, al procurar sus necesidades más primarias; Viktor Frankl refiere que esto podía pensarse desde los sofás de pana de Viena, pero se veía contradicho totalmente por la experiencia de quienes vivieron los campos de concentración. Allí los hombres elegían ser santos o criminales. Aún con nuestra libertad afectada en

el conocimiento o en la voluntariedad seguimos teniendo una escala de valores que es la nuestra, con lo que creemos que podemos manejar de la realidad.

La acción humana tiene una estructura finalista. Cada meta se quiere para alcanzar otras metas, y que de algún modo implican una progresión a lo que creemos valioso que identificamos como ampliar nuestra área de libertad, porque nos hace más fácil acceder a algunas metas que se quiere en sí mismas y por sí mismas, y por ello se encuentran al final de la cadena. Así se configura el sentido personal que hace al proyecto personal de vida.

Pero no todo lo que valoramos nos hará felices, no todo *es igual*; ver y juzgar la fuente de nuestra energía, nuestra motivación, es buscar algún criterio para discernir qué es lo mejor.

En esto son *porteros/patovas* los valores basura (como las ideologías), los valores fantasmas (de la normalidad meramente extrínseca), los valores espejismos (los valores en el espejo de mi burbuja de sentido) y los valores impeditivos (que acrecientan nuestra fragilidad desde las heridas pasadas) sobre los cuales hemos reflexionado en un artículo anterior.



Fuente: Elaboración propia.

Valorar lo que necesito

Los valores, se generan en una intención, que los interioriza como motivo de la acción. En este proceso hay una relación dinámica entre necesidad y va-

Ser persona es valorar

lor, semejante a la existente entre pregunta y respuesta, entre la sed y el agua, el hambre y el pan. No se puede hacer la vida (que es elegir entre peregrinar o vagar) sin respuestas, sin agua y sin pan.

La valencia de los valores depende de las necesidades en general, que remedian y satisfacen, de entre las cuales, a veces, cuidan nuestra vida menesterosa y frágil.

En este último sentido, la justicia salvaguarda mi dignidad de género humano de cualquier usurpación; el amor asume mi soledad y la entrega a otro en una grata donación mutua; la esperanza alienta el camino incierto; la fe muestra paisajes desconocidos para una mirada sin fe.

Para que el ejercicio de ordenar nuestros valores sea útil, debemos iniciar por el ejercicio de descubrir y ordenar las necesidades. Que el hombre sea un ser deficitario y necesitado es incuestionable; nace deudor y muere deudor. Pero, también lo es que nuestras necesidades tienen volúmenes, texturas y proximidades distintas a mi intimidad, somos nosotros mismos viviendo la situación que nos ha tocado.

En toda situación hay necesidades materiales/materializables, de afirmación/psicosociales, altruistas/compasivas/de amor incondicional, y todas tienen su raíz en la condición de nuestra humanidad, y prioridad en la situación. De aquí se sigue que la escala de valencia de los valores de cada persona dependa de la superficialidad u hondura del sentido/misión que ha dado a su vida y de cómo lo vive en la situación que le está tocando.

Cada sentido comprendido exige una actitud correspondiente y tiene a su vez la fuerza que mueve a actuar en conformidad. Nosotros llamamos motivación a ese ponerse en movimiento el alma, en el que algo colmado de sentido y fuerza nos lleva a una conducta a su vez llena de sentido y fuerza. De esta manera se hace de nuevo patente hasta qué punto en la vida espiritual están unidos el sentido y el vigor. (Stein, 2003, p. 187)

Solo la errónea imagen de nosotros mismos, como si la vida fuera hibernar a temperatura ambiente tras una pantalla, nos hace pensar que la vida no es un problema. Porque todos nos damos una misión, un sentido para nuestra vida, y todos debemos realizarla en nuestra situación, que se nos resiste:

sea a comer ese día, desarrollar un oficio, lograr una mejor condición de vida para nuestros hijos, o evitar que el mundo colapse.

Valores y proyecto de vida

Hay dos películas casi documentales, *La caída* y *Trece días*, a las que vale la pena relacionar. La primera inicia presentando a Hitler como un ser humano capaz de gestos de humanidad, aunque es el hombre que se ha propuesto – todo él–, cognitiva, emocional y corporalmente, destruir millones de vidas humanas; la segunda muestra a Kennedy cuando se propuso salvar millones de vidas humanas en la crisis de los misiles nucleares posicionados en Cuba por la Unión Soviética, en 1962.

Los sentidos, no siempre son buenos, siquiera lógicamente congruentes, pero al asumirse en nuestro ser personal adquieren organicidad, moviendo a actuar en conformidad. El sentido pasa así a valer como un motivo interiorizado, fuente energética de la acción del hombre (mujer o varón) concreto. Siempre hay un sentido que articula la misión en la vida. Muchas veces es solo la iluminación de un ejemplo o una intuición, pero una vez que se elige como proyecto de vida tiñe las percepciones, emociones y cogniciones, buscando congruencia.

Así se transforma en el fin último de la vida y de sus principios emanan los criterios situacionales para tomar decisiones, aunque no conduzca a un desarrollo plenamente humano.

Finalmente, la construcción de un proyecto personal de vida que lleve a un desarrollo plenamente humano requiere de un juicio sobre la valencia de lo que valoramos.

Porque en casi cualquier situación se puede elegir vivir en extensión, donde todo germina en la superficie, condenado a marchitarse/consumirse, al primer rayo del sol; o se puede elegir vivir también en la intensidad, en contacto con lo valioso de la vida y de cada vida, atendiendo a sus necesidades más hondas y radicales que, estando a flor de alma, muchas veces, no responden a éxitos, gustos o disgustos.

Son las raíces de la vida las que progresan a la fecundidad y posibilitan el germinar, el crecimiento, las flores y los frutos.

Cultivando autoridad¹⁵

Ser persona y valorar es lo mismo. Cada vez que se rompe la indiferencia de nuestra voluntad estamos valorando; nuestras valoraciones son el presupuesto de nuestros sueños y nuestras pesadillas mientras dormimos, y mucho más cuando estamos despiertos. Entonces nos mueven a huir, a buscar otros horizontes, asumir desafíos, aceptar y quebrar reglas.

Si no valoramos, nada nos movería de nuestra indiferencia. Siempre valoramos: cuando elegimos en qué gastamos nuestro dinero, cuando decidimos las prioridades en el uso de nuestro tiempo, cuando entregamos nuestro corazón, y los gobernantes cuando deciden a quién reciben y a quién no, cuando dan un discurso, cuando aprueban un nuevo impuesto. Ninguna de esas decisiones es posible sin un juicio previo de lo que más valoran y lo que menos valoran. En lo que dicen –y más en lo que hacen– se les ve el alma, es decir se sabe qué valoran.

La persona no nace plena

La persona no nace plena, se va plenificando. Cuando decimos positivamente que una persona es madura, decimos que es plena, como el fruto sabroso de la vida, no como quien se pasó («te pasaste» o «me tenés podrido» se escucha en una discusión); o quien «está verde» (o es un «viejo verde»). El tiempo solo nos hace viejos, es el camino más directo y rápido entre «estar verde» y «pasarse». Es lo que valoramos los que nos hacen maduros como personas y prudentes como gobernantes (Estévez, 2019).

A partir de percepciones, apreciaciones y actitudes, en la familia y en la sociedad en la que vivimos, vamos valorando: el amor, el autogobierno, laboriosidad, competencia, orden, honestidad, iniciativa, sobriedad, ahorro, espíritu de servicio, fidelidad a las promesas; pero también la vitalidad, audacia, innovación, creatividad, entusiasmo, liberalidad; no menos que la belleza, la armonía; sin olvidar la compasión, la amistad, la confianza, la solidaridad.

Cuando sabemos de alguien en ese camino, decimos: «es un hombre culto» (sea varón o mujer, se autoperciba como se autoperciba). En muchas

¹⁵ Se desarrollan en este punto ideas esbozadas en un artículo del mismo nombre publicado en la revista *Criterio*, n. 2482, noviembre de 2021, pp. 46-49.

oportunidades, trabajando con alguno de los más pobres del noroeste argentino, he escuchado a universitarios de Buenos Aires exclamar frente a un no alfabetizado: «¡Qué educación! ¡Qué cultura!».

Tener autoridad

Se tiene poder sobre otros, se negocia el ascendiente con otros, pero tener autoridad no es algo que sale de nosotros, sino algo que nos vuelve de los demás.

Las personas reconocen autoridad a quien *defienden o promueven con competencia unos valores que son percibidos como tales por una comunidad*. Quien tiene autoridad, ejerce su capacidad para ver, juzgar, promover y defender con competencia unos valores buenos, porque lo son en sí mismos, porque son adecuados a un *aquí y un ahora* concreto de *su* comunidad, siendo capaz de llegar hasta el punto en que la acción es premiada por la *realidad* con el *acierto*.

Le *reconocemos autoridad* a papá que *es competente* en hacer barriletes con nosotros, al amigo que sabes escuchar y aconsejar, al médico que ayuda nuestra naturaleza, al periodista que entiende y sabe expresarlo, al gobierno que hace buen uso del dinero que obtuvo de nuestro trabajo. Hay actos que se traducen en autoridad; *que amores son obras y no solo buenas intenciones*.

Nuestro ser se expresa en obras, por nuestro obrar somos conocidos. Aunque la acción sea la resistencia pasiva, es un obrar y un primer llamado a la respuesta de la autoridad. Entonces, la pregunta tácita del otro es: ¿lo hace bien? ¿Es competente en *lo que hace*? El hacer bien lo que se haga es una segunda llamada a la autoridad que nos vendrá del otro. Los que hemos podido orientar comunidades de trabajo durante crisis –que apenas te dan margen de manobra–, sabemos que aun lo que no se puede hacer, se puede no hacer bien.

La gente busca reconocer que *se defienden o promueven con competencias unos valores*; y aquí aparece la ambigüedad de lo humano en toda su fuerza. El reconocimiento de la autoridad en alguien puede llevar a la plenitud o a la desilusión, al gozo o a la desesperación, según sea lo que en verdad valora: solo una atracción a mi voluntad, una consigna, una ideología, un mito, una utopía, o algo bueno en sí, algo que naturalmente conduce a mi plenitud a todo plazo.

Por eso es crítica la plenitud de vida (madurez) de quienes están en posiciones de ser reconocidos como autoridad: padre, maestro o gobierno. Su vida, en términos de actitudes, es el primer acceso que las personas tenemos para *percibir y apreciar* lo que es bueno en lo que ellos valoran, y eso es una

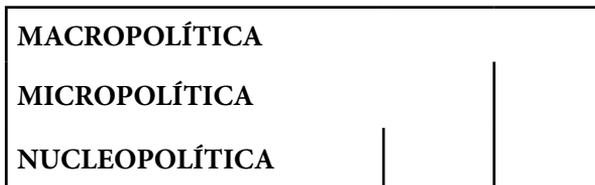
fuerza enorme para la expansión de esos valores en las vidas de quienes viven en esa familia, escuela o sociedad.

Ciertamente nosotros podemos querer-valorar lo que queramos-valoramos, pero lo que escapa a nuestra posibilidad es hacer bueno lo que queremos-valoramos, ya lo era –o no– antes de nuestra decisión. Lo mismo sucede con los gobiernos, siempre los elegimos por lo que creemos que valoran. A veces acertamos y a veces no.

El autogobierno

Hoy la política –como *macropolítica*– trata tanto del gobierno del estado nacional como del estado del mundo. Cuanto más del mundo sea la *macropolítica*, mayor es la importancia que va adquiriendo lo local en nuestras vidas: la *micropolítica*, el gobierno de la sociedad civil en manos de una multitud de responsables de familias, organizaciones sociales y religiosas, peñas y clubes, asociaciones, fundaciones, cooperativas y empresas.

Es en esa proximidad *micropolítica* donde se percibe con mayor claridad la existencia de un nivel más profundo de lo político, la «nucleopolítica», es decir el gobierno de sí mismo como núcleo de politicidad. Tanto cuando hablamos de un director gerente del FMI –ex candidato a la presidencia de una potencia nuclear– que debe renunciar luego de haber atacado sexualmente a una trabajadora en un hotel de Nueva York, como de un preso que pone fin al apartheid sudafricano, o un abogado sin armas que pone fin al dominio imperial británico sobre India.



Cuanto más nos coloquemos en la *macropolítica* del mundo, más puede percibirse empáticamente la *relatividad de los valores* –a la geografía y el tiempo–, cuanto más nos acercamos al gobierno de sí mismo, más se percibirá la *relación de lo valioso con lo bueno*.

La *relatividad* empática no es relativismo, pero en una cultura relativista –como la que todavía prima– la *relatividad* no presenta dificultades para ser

aceptada; pero sí propone dificultad hablar de la *bondad del valor*, o lo que es lo mismo, de *valores humanos*. Es decir, de aquellos que, aunque siempre se los conoce en un contexto cultural, su bondad no depende del lugar, ni del momento, sino que siempre serán buenos, porque son *valores humanos*.

La objeción que suele oponerse a este razonamiento es que aceptar la idea de *valores humanos*, como nuestro acceso a los bienes morales, equivale a aceptar el gobierno autoritario; pero entre el relativismo moral y el control político existe una tercera alternativa, es la autoridad que de algún modo provoca el *autogobierno* de sí, de las comunidades que integro, del pueblo en la tierra que habito.

El autogobierno es un camino muy distinto del *autocontrol* (*self control*). Fijarse la meta (lo bueno), arrancar (la norma que ordena a lo bueno) y perseverar (con una disposición estable), todos sabemos que con ello se logra lo que nos proponemos. Es la tarea de la sensibilidad, el razonamiento y la conducta, del bien, la norma y la virtud en reforzamiento mutuo.

Ninguna costumbre perfecta se alcanza por asalto, sino que requieren iluminación y continuidad en el ejercicio. Se van armando cadenas de operaciones que van trabajando la costumbre para la realización de actos que me perfeccionen. La virtud es así la fuerza de mi libertad (el ejercicio me dispone a mayor continuidad –perseverancia– y ésta a recibir mayor iluminación).

Las virtudes (buenas disposiciones internas) nos motivan y capacitan para el logro de nuestras metas. Lo contrario se llaman vicios o adicciones –que en cada acto nos esclavizan más–, cuya fuerza decrece a medida que crecemos en virtud, respecto de la misma facultad antes esclavizada.

Autogobierno desde la verdad

Sensibilidad ética	Bienes morales	Automotivación
Razonamiento ético	Normas morales	Autonomía
Comportamiento ético	Virtudes morales	Autodeterminación

En los productos culturales se registra una creciente preocupación por una democracia meramente formal que impide a las personas la decisión real sobre su destino. Actualmente, en el mundo, se necesitan personas que se muevan (*automotivación*) de modo autónomo (*autonomía*) que pongan límites al gobierno inmoral (*autodeterminación*), porque ser ciudadanos es una condición moral antes que jurídica, y sin ellos no hay República.

El ámbito de la autoridad

Las personas reconocen autoridad a quien *defienden o promueven con competencia unos valores que son percibidos como tales por una comunidad.*

El presidente de Francia no tiene autoridad para mí porque no soy francés; salvo que los valores que sostenga con competencia, y yo haya percibido como tales, sean de la humanidad, de la cual tanto el presidente de Francia como yo *formamos parte.*

Nuestros hijos pueden *reconocernos autoridad*, si nosotros y ellos somos miembros de la misma familia y mientras lo seamos (luego solo seremos recuerdo); si los valores que hoy defendemos fueron descubiertos antes como valores por ellos; y si ese descubrimiento sigue siendo hoy percepción y apreciación de valor para ellos. Todos nuestros gobiernos han perdido autoridad cuando «votamos» en los Consulados por la nacionalidad de nuestros abuelos: algo se ha roto y en principio es muy difícil de sanar.

Toda acción política está encaminada *a la conservación o al cambio. Cuando deseamos conservar tratamos de evitar el cambio hacia lo peor (defender); cuando deseamos cambiar, tratamos de actualizar algo mejor (promover). Toda acción política, pues, está dirigida por nuestro pensamiento sobre lo mejor y lo peor. Un pensamiento sobre lo mejor y lo peor implica, no obstante, el pensamiento sobre el bien.* Siendo así, la interacción entre las condiciones objetivas (bien) y lo que una determinada generación considera valioso (valores presentes o inminentes) es la «causa-pluricausal» del desarrollo.

Quien tiene autoridad, ejerce su capacidad para *ver, defender y promover* con competencia, unos *valores buenos*, adecuados a *un ahora y un aquí* concreto de su comunidad.

Es la cultura y sus valores, antes que la política, la política antes que la economía, y la economía antes que la tecnología, lo que condiciona el progreso de las naciones y del ser humano en general. De allí que la cultura de sus autoridades (constelación de lo valorado por *los que mandan*) sea clave a la hora de definir su posibilidad de desarrollo.

Un análisis de la historia reciente de América Latina, nos revela que existen «valores regresivos», apariencias de bien que, por su lejanía del bien del hombre, neutralizan el potencial de desarrollo de un pueblo.

Así, *lo progresista y lo regresivo* de un valor dependerá de su adecuación, o no, al bien del hombre con su naturaleza, en ese habitar su aquí y su ahora.

Referencias

- Bergman, I. (2021). *La buena voluntad*. Fulgencio Pimentel.
- Camusso, M., López, I. A. y Orfali, M. M. (2012). *Doscientos años del humanismo cristiano en la Argentina. El compromiso con la república, la democracia y el bien común*. EDUCA.
- Estévez, R. (abril de 2019). *Con relojes que atrasan: epílogo ideológico a cuarenta años de Puebla*. Instituto Acton. <https://institutoacton.org/2019/04/30/con-relojes-que-atrasan-epilogo-ideologico-a-cuarenta-anos-de-puebla-roberto-estevez/>
- Estévez, R. (marzo 2020). De colectivos y peatones. La naturaleza de la luz. *Criterio*, 92(2467), 8-11.
- Frankl, V. (1981). *El hombre en busca de sentido*. Herder.
- Kirkpatrick, J. J. (1979). Dictatorships & Double Standards. *Commentary*, 68(5), [s.p.]. <https://www.commentary.org/articles/jeane-kirkpatrick/dictatorships-double-standards/>
- Komar, E. (1996). *Orden y misterio*. Fraternitas/Emecé.
- Lanusse, L. (2005). *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*. Vergara.
- Martins, A. (22 de noviembre de 2016). *¿Qué nos hace realmente felices en la vida?: algunas lecciones de un profesor de Harvard tras años buscando las respuestas*. BBC. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-38071076>
- O'Donnell, M. (2020). *Aramburu: El crimen político que dividió al país. El origen de Montoneros*. Planeta.
- Ortega y Gasset, J. (1909). *Los terrores del año mil. Crítica de una leyenda*. El Liberal.
- Ortega y Gasset, J. (1921). Biología y pedagogía. En *El Espectador* (tomo III). [s.e.].
- Radcliffe, T. (1994). *Entregados a la Misión. Carta a la Orden*. OPALCA.
- Riebling, M. (2016). *Iglesia de espías. La guerra secreta del Papa contra Hitler*. Crítica.
- Sábato, E. (29 de noviembre de 1992). *La corrupción, riesgo de la democracia*. La Nación.
- Sartre, J.-P. (1944/2004). *A puerta cerrada*. Losada.
- Schwarz, G. (2019). *Los amnésicos. Historia de una familia europea*. Tusquets.
- Sols Lucía, J. (2021). El pensamiento decolonial es colonial. La propuesta Fraternidad Universal desde América. *Revista Estudios Sociales*, 44(164), 14-50. <https://estudiossociales.bono.edu.do/index.php/es/article/view/1017>

Stein, E. (2003). *La pasión por la verdad*. Bonum.

Strauss, L. (1970). *¿Qué es filosofía política?* Guadarrama.



Publicado bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial 4.0 Internacional